



CONFESIONES DE UN HOMBRE VIRGEN

Ángel Alberto Morillo



ATENCIÓN PIRATAS: Copyrich...perdón, Copyright 2005® Todos los derechos y los izquierdos reservados. Total, a ningún hombre le gustaría narrar su historia de virgen. Sacad fotocopias hasta más no poder y divulgad por toda el mundo el presente textucho.

Dios.
A ella
de quien ya ni me acuerdo.
A María M.
Y a mi Karen,
la carmera más exótica
de Colombia

El prologuillo... guillo

(Sáltese a la página 7, de allí lea hasta la 5, 6 y vuelva a la 8.)

virginidad, sin duda, seré millonario en risa, por lo menos, podré regalarle una risa a quienes la necesiten.

No pretendo, es obvio, ser un inmortal a través de la literatura, mas sí que muchos traten de matarme por la misma, ya verá el porqué lo digo, si no es por lo conocido por la crítica como forma (técnica); será por lo que conoce el lector como fondo (contenido)... Le aguardan situaciones vistas pies arriba, precisamente pido a “vuelas mercedes” voltearse y apretar las nalgas.

El dizque autor

Sin embargo, no quisiera pecar de insolente, si le interesa leer mi novela, pues su curiosidad así se lo dictamina, déjeme anunciarle que en ésta encontrará el secreto para hacer de su virginidad una etapa muy agradable (los que son) y los que no (claro, la mayoría) encontrarán el secreto para hacer que su pareja le sea fiel; y eso no es todo, a lo largo del escrito descubrirá el nombre de la mujer más fiel del mundo, ¿quiere conocerla? Léase irremediabilmente las fechorías y desmanes del hombre virgen y conocerá a la fémína que jamás le será ingrata ni física ni mentalmente.

Queda a disposición suya el gusto o no por esta historia, dependo en gran medida de sus risas y estoy seguro de arrancarle por lo menos una, de esta forma habré cumplido mi objetivo; en efecto, satisfecho quedaré, porque si al menos un millón de personas leen parte de la novela, obtendré un millón de risas, ahora imagínese que este millar de almas se conecten con lo más profundo de su

historia de un hombre virgen de por sí anda alterada, luego que en antaño era motivo de honor, en hogaño importa en absoluto y aún más en un hombre representa motivo de risa incontenible y afrentosa.

De igual modo, usted, amigo lector o amiga lectora, si se atreve a leer la presente obra y encuentra chabacanerías o meras petulancias, me excuso de las mismas, ellas son el resultado de la desvergüenza de un lápiz pervertido y una transcriptora doblemente pervertida, por tanto, yo me lavo las manos (?) y me unto cloro para no responsabilizarme por los conceptos emitidos en el presente texto; de todos modos, si alguna parte le pareciera sucia, injuriosa, morbosa, terrorista, le recomiendo use las páginas después de visitar el baño... Total, debemos darle alguna utilidad a este libro.

El prologuillo...

Primeramente, esta novela o como la quieran llamar no es autobiográfica, mas en ciertas ocasiones incluí a manera de juego situaciones personales que, si bien se asemejan a la realidad, déjenme decirles, son mera travesura e incidencias del ocio.

Lo que sí me gustaría dejar claro, es el carácter netamente religioso de este libro... ¿Religioso? Sí, religioso; pero con una religiosidad invertida, al revés; razón por la cual escribo este prologuillo así, pues de este modo entendemos la vida muchas veces.

Y ver los casos de la cotidianidad al revés, de forma invertida, da una visión distinta y esto queda avalado por nuestros propios ojos, nada más voltéese, póngase de cabeza y verá. Asimismo, la

El Virgen

Copyright 2005® Podéis ultrajarla, pero jamás difamarla; podéis violarla, seducirla y hasta fotocopiarla, pero nunca lograréis ser El Virgen.

La tarde parecía quieta, aunque en verdad, no sé si por la fragancia de mi perfume o por el color de mis zapatos, todo tenía como un toquecillo de aquellos mágicos y risibles, de esos toques más bien matizados con el blanco resplandor de las nubes a esa hora.

Mi reloj caminaba azuzado por la desesperación que me embargaba a eso de las cinco y media, y como, para entonces, sufría yo el más vil insomnio, me dio un paradójico y pesado sueño y supino caí en la cama. El cuarto reverberaba y por mi frente bajaron menudas sierpes saladas, que dieron hasta el final de mi ombligo para formar lagunitas de sudor, cuyo tufo paseaba invicto por todo mi cuerpo, envenenando en gran magnitud las grutas por donde suelo respirar. Quizá, esta explicación suene extraña y, por demás, sonsa, pero semejante epopeya glandular me reveló a la mujer que sería mi primera esposa.

Ella sería una especie de Venus refinada con una combinación casi traslúcida de hilos dentales, confeccionados con la más fina hoja de plátano, pues, repentinamente, sobre su monte quería verle puesto semejante atuendo como para impeler mi instinto viril-orgásmico, ya que mis jornadas amatorias las había pautado, en mi denodada planificación prematrimonial, aproximadamente en diez horas de relación sana y segura, y dos de actividad sin límite (donde todo se valía), incluyendo, luego, media hora de autosatisfacción, conocida comúnmente como un *“Baño con Manuela”*.

Pensaba una tarde, sentado –gran casualidad- bajo una mata de plátano, que la mejor forma de acrecentar mi apetito sexual, considerando el que tenía de exiguo, era practicando de las mil y una formas con mi compañera, por ello compré un librito referente a las cincuenta y dos mil y una posiciones para hacer el amor, de las cuales tenía referencia de todas menos de la una que no conseguí nunca.

También decidí tomar algunos afrodisíacos y, por si fuera poco, contraté a varios brujos y asistí a todas las iglesias para llenarme de energías, porque la debilidad sexual era metal. Si bien era cierto, mi vida tremenda y azarosa antes de mi primer matrimonio, no es menos cierto que alguno pensase por allí de mi aberración sexual u obsesión por satisfacer a mi pareja, justa resulta tal apreciación; aunque todo ese potencial no se lo debo a mi padre ni a mi herencia genética ni a las maromas para aprender sobre el sexo, sino a un detalle que, por muy nimio o simple, nadie en mil años notaría, jamás, jamás, aunque quisiera, vendría a la imaginación de alguien cuerdo, y tal detalle es: ¡ mi virginidad! Claro está, ¡¡¡ a mis veinticinco años...!!!

A pesar de todo, esto no me quita el sueño, pues he comprobado que con mi estado diáfano y casto me he convertido en una máquina de amor en potencia, inigualable al más ducho de los hombres promiscuos, poniendo en duda aquello de

que la experiencia lo es todo; al contrario, entre más energía acumules mayor será el deseo, la imaginación y lo que menos se pueda pensar; lo último sí me traumatizaba, sentía que algo no andaba muy bien, mi inseguridad acechaba como fantasma a mis oídos, *“si no tienes experiencia vas a fracasar”*, *“ay papito, ponete las pilas”*, *“a ellas les gusta que les den donde es”*, *“¿cuánto calzas tú?”*.

- Así no, más duro.

- Pero si ya no puedo más.

- ¿Cómo? ¡¡¡Si apenas va un poquito!!!

- Oh, ¡qué molleja!, ¿qué más queréis? ¡¡¡ Si ya lo metí todo!!!

Despertaba agitado. Esta vez sí que desparrame unos veinte litros de sudor, mi camisa estaba anegada en todo el pecho. Aquello era producto de las pesadillas más horribles que a diario tenía, como hormigas invadían mi cabeza. Tal mal sueño se debía a mi obsesión de meter por completo, hasta el fondo, sin dejar centímetros por fuera, mi auto en el garaje; iba llegando a casa y, repentinamente, el lugar se reducía tanto que no podía estacionarlo bien, mi frustración era intensa, el auto se apagaba – aquí era la peor parte- y, por tonto, me quedaba afuera, mientras una mujer desconocida me gritaba: *“Así no, mas duro”*, al tiempo que se comía unos patacones*.

Mi temor no era porque al despertar no tuviera auto, ni casa, ni esposa, sino que asociaba el incidente con mi gran secreto. Yo estaba preparado para todo, sin embargo, este pavor inexpugnable me tragaba entero. Es así como desde aquella tarde quieta decidí buscar solución a tan bochornoso problema.

*Plato tropical hecho a base de plátano, relleno con jamón y queso.

Sí tal vez no*

Un no es un sí
Un tal vez es un no
El sí es tal vez
Que me da dos non.

Si tan es un sí
A mí no me des no
Pues di sí o sí
Non tal vez por Dios.

*Ángel Alberto Morillo

- Seguro, eso es de guayabita, dijo el doctor.

- No, le juro por los cachos del diablo, que si un no es un sí, ¿un no qué será?

Aplasté allí, un puñal de tela; luego el doctor miraba con incredulidad mi rostro, que por su color más bien era una manzana roja o bien una purpúrea tela de biquini. Él, al contrario, aparentaba una solemnidad imperturbable, de aquélla usada en los momentos de más angustia, pues ya casi ni un disparo de calmantes domeñaba el desespero. Movié su bata verde, tomó un poco de café y prosiguió como si no estuviera pasando nada.

- Suelte por un momento el puñal. Ahora dibuje un carro.

¿Carro? Me exalté.

- Pero, doctor.

- Vamos, no sea cobarde, dibuje un carro.

¿Carro? Sudaba como la tarde anterior, me temblaba todo.

- No se preocupe, para eso estoy yo.

Me sentí absurdo. Saber que mi fobia o no sé, ¿acaso sería eso?, me trastornaba tanto que no podía sostener con las manos el lápiz. Vi, dentro de mí, un toro de cola roja, no tenía cuernos, al contrario, sobre su lomo estaban clavadas sendas alas multicolores y llenas de campanitas. Reí. No pude contenerme, y exploté en un ataque de sollozo, producto de la misma risa. Como pude aguante el plumazo risueño que se columbraba en mis cachetes, así como si fuese una liga estirada. Descansé. Aún no finalizaba el dibujo; en eso, el toro desapareció por completo. Y mi auto, al instante, quedó divinamente ilustrado sobre la hoja para dar señales a la vista del médico, quien esta vez tiraba una bolita de papel al suelo.

- Muy bien, pero válgame Dios, ¿por qué este modelo?

- Vaya usted a saber.

Se colocó unos lentes, mientras miraba con desnudo mi dibujo. Acomodó un poco la ilustración como para detallar los trazos y las formas.

- Sí, ya lo tengo.

- ¿Qué?, inquirí casi esquizofrénico.

- El resultado, amigo; ¡es usted un genio!

- ¿Por qué?

- Me ha dado usted un dato muy importante.

- ¿Cuál?

- ¡El 543!

Me sentí como un estúpido. Luego calmé un poco de mis ánimos, pues tuve una gran necesidad de golpear hasta el cansancio a ese doctor, aunque me sosegué. Él, con sus aspavientos, confirmaba más mi desgracia. Después de varios minutos, el hombre sacó una libretita de récipes, escribía dementemente jeroglíficos sobre una de las hojas de la libretita. Yo, por mi parte, hacía cavilaciones y sacaba conclusiones del ahora, para mí, mercachife de los juegos de azar.

- ¿Sabe lo que es la disfunción eréctil?

Temblé. Sudé a cántaros, mis ojos se tornasolaron e iluminaron; la ropa, el cuerpo, en fin, el alma se ahogaba en una tormenta de lágrimas y exudación, sin todavía inundarme completamente. Mi silencio fue suficiente.

- No, porque en realidad me gustaría saber cosas que aún no sé. No tema, estoy haciendo mi tesis de doctorado y me faltan algunos datos y usted parece ser un perito en esto.

No había sentido tanto odio en mi vida por un ser humano. ¿Impotente yo? Jamás. ¿Era o no era? No, es imposible, si yo... bueno, bueno, la autosatisfacción, las fantasías con los biquinis de hoja de plátano, no, no, no es posible. De inmediato pregunté:

- ¿Qué quiere decir con eso? ¿Soy acaso impotente?

El hombre, con risa sardónica, acomodó sus lentes y con tono festivo me dijo:

- Al contrario, usted esta sano, hasta pensaría que usted es virgen...

Tragué un litro y medio de saliva, el corazón se me salía. Disimulé y reía con ironía, a guisa de hombre experimentado. "Por Dios, doctor, eso lo llevo yo en la sangre", dije hercúleo; mas el señor me atajó con un ademán de silencio y prosiguió con su clase magistral.

- En su dibujo hay un hombre con alta actividad sexual.

¡Reí a mis adentros!

- Sí, de una potencia muy alta. No digo, su problema, lo del sueño, es que cómo carajo pretende usted estacionar una gandola en un garaje diseñado para carrito de Barbie. No se preocupe usted esta más sano que yo.

Traté de persuadir al médico, quien, sin escucharme, me entregaba un par de condones versión retardadora. Por mas intentos que hiciere, fue inútil; de tal modo que decidí fingir. "Sabe cómo fue la última vez que usé uno de estos; bueno, una morena voluptuosa me lo colocó, pero ¡con la boca!". La arquitectónica mansión de molares del galeno se abría ante mis ojos con determinada y potente fuerza, ante aquel momento jocundo no me quedaba otra que la de seguir mintiendo y pensar en un nuevo camino para encontrar una solución a este asunto.

A lo largo de los años que llevo en este intento de calmar esta ansiedad, desde aquella ocasión cuando atiné sin precisar sobre el mítico cuento del automóvil, pienso en lo inútil de la cuestión en sí, quizá sin la más mínima pizca de la razón y lógica. Aunque es todavía más ilógico creer que estás actuando mesuradamente y, en realidad, sin notarlo, caminas desnudo por la calle atestada de gente perpleja, y no es por lo impúdico, sino porque miraron allí, sí, donde estás pensando y notaron que no había nada, pues se nace o se hace a la fuerza eunuco. Fin del cuento.

Tal vez, todo este dilema grande comenzó luego de haber conversado con aquel médico, más bien una especie de mercader galeno, donde para la ocasión puse de manifiesto esa aversión o temor a contraer algún tipo de relación automovilística o cuestión casi similar. No quise tomar el volante de un auto para intentar mitigar esa filosofía aberrante que establecía la trilogía carro-mujer-plátano; pero ¿a qué viene esto del plátano?, no entiendo, ni nunca podré entenderlo. Todas mis fantasías, de una u otra forma, se asociaban con este elemento siléptico, incluso hasta en la misma adivinanza, *“oro parece plata no es”*. Así era yo, un enigma escondido dentro de una silepsis, donde pocos eran los que captaban la sublimidad del mensaje. Decidí visitar esta vez a una bruja.

Para ese día fui vestido todo de blanco, hasta los interiores, no hubo atavío distinto al mentado color, al pie de la letra, que en mi hiperbolización, a la uña y cayo de la letra cumplí con la petición de la consulta anterior. Sobre mi cuello, colgaba un rosario de piedritas transparentes pero blancas, una pulsera de perlas - ¡no me

pregunten qué color!-, el rosario se me enredaba aún con mucha devoción cuando caminaba apresuradamente, la pulsera se me caía, ya que me quedaba algo grande; lo cierto del caso es que ambos instrumentos servían de cábala protectora, una especie, por así decirles, de repelente contra zancudos, en este caso, contra las malas energías. Durante mi visita a madame Sassú, mejor conocida en aquellos suburbios como ñaña Carmen, inmensas columnas de carros orlaron la carretera a guisa de ingente cordón umbilical, donde todas aquellas personas renacían con los consejos de la hechicera. Ella tenía un consultorio, de por sí desprovisto del más mínimo principio estético, pero que la par nadie daba importancia, pues la gente solo se preocupaba por resolver en un tris sus problemas. Yo, entonces, quería hacer lo mismo...

- Hola, guapo, trajistes lo que te pedí.

Saqué de mi bolsillo una hoja de plátano curtida con aceite de comer. Al mirarla, ñaña Carmen dibujó una sonrisa como de quien se burla de tan inocente patraña para medir la capacidad de idiotez de una persona a la hora de solucionar sus problemas eternos. Uno de los que tenía desarrollada la mencionada capacidad, era yo.

- Por fin, qué ve, qué ve...

- Una mujé, sí, muy bonita, tierna, amable pero ciega...

Sentí que se burlaba explícitamente, me ofendía con elegancia, ¿una ciega era la mujer que solo me podía querer?

- ¿Cómo? ¡Ciega! ¿Qué quiere decir?

- Ciega, sí, ciega, que no ve nada, como oyistes.

- ¿Pero por qué? No es que tenga prejuicio ni desdén por personas así, mas no sé por qué...

- Pues es un trabajo que te montó un marico que está enamora`o tuyo.

La chanza, la tomadera de pelo era inminente...

-¿Qué?! ¡¡¡Un marico!!! ¿Quién?

- Acaso, la hoja de plátano lo sabe todo. Confórmate con saber que es un sortilegio de magia vudú, que te montó el marico. Además, la hoja indica que tú eres señorito.

Casi salí corriendo, ¡virgen yo a mis veinticinco años y esta bruja de chapuza me lo gritaba en la cara!, esto era el colmo.

- Por favor, ñaña Carmen, ocurrírsele semejante disparate, si a mi me quitaron el virgo a los once años.

- La hoja de plátano no miente, usted no ha tenido mujé.

- ¡Pero la hojita no lo sabe todo! ¿verdad?

- No ofendas las virtudes de la hoja, no es lo mismo la verdad que el conocimiento. Tú pué sabé mucho, pero no tienes la verdá.

Sentí una saeta en mi lengua, la certera puntería de sus palabras abrieron en mi orgullo una brecha gigantesca, donde brotaba toda la sarta de conocimientos adquiridos en una universidad; de qué vale saber cuando no se tiene la verdad, o es que la verdad es la diversidad de saberes que se unen para decirte lo que ya sabías. Sí, sí, lo termino de confirmar, en mi vida, hasta entonces, supe que era una relación sexual, ¡y no era por gusto! A pesar de mil juramentos en vano, nadie me creería, pues el saber indica que en tiempos modernos como los que hoy vivo: **todos los hombres son sexuales, fulano es hombre, por tanto, fulano es sexual**. Tal silogismo era implacable, irrefutable, incluso, hasta lógico.

Ñaña Carmen insistió, me dio la dirección de n bar-restaurán- que al final fue burdel- le llamaban “El Bombillo Rojo”. No pude contenerme, pasé varios días pensándolo, ¿estaría allí la solución de mi problema?

La sensación fue desesperante. Caminé al garete por la calle, sin saber a dónde me llevaban los pasos. Sudaba, aunque me sentí al principio seguro, no soporté siquiera un minuto dentro de aquel tugurio vestido de piedritas fantásticas. La música más apabullante encendió mi libido que, después embaída y consternada, disminuyó al punto de que mis sentidos aterrorizados, estuvieron quizás por percibir muy de cerca el movimiento sísmico de féminas casi vestidas, quienes con rudeza tremolaban las inmensas elevaciones de su pecho y espalda. Ellas se convertían, por segundos, en hermosas bestias carnales, sedientas de lujuria y placer. Así como mis ojos desorbitados comenzaron a iluminarse, de pronto los sentía en mis propias manos.

Estaba inhibido, cerrado a cualquier posibilidad de goce, no tuve el valor suficiente para asestar de amor a estas fieras femeniles. Decidí hacer lo mismo de siempre: salir corriendo, del mismo modo como lo hice en el sueño, como lo hice con el doctor, como lo hice con madame Sassú. No sé, pero me llenaba de pánico el hecho de perder mi estado de pureza carnal. Lo peor del caso era no hallar la respuesta a todo este enredo, cada día me sentía más idiota, sumado a mi lógica filosofía y mi fobia por los autos. Aquella noche procuré buscar la solución.

- Sí, sí, sí, ¿Cómo lo sabe?

- Usted, señor, Medina, tiene una crisis de angustia.

La llamada, intempestivamente, fue interrumpida por un sonido agudo y persistente, parecido al vuelo de una mosca, en este caso del tamaño de un colibrí. Marqué nuevamente.

- Ajá señor Alberto. Usted debe calmarse, por ello use una piedra de río y báñese con hojas de mango. Y bébase una sopita de plátano verde.

¿Qué? ¿Plátano verde? No, todo menos eso.

- Pero para qué lo de la sopa.

- Para evitar algún percance por si le da diarrea.

- ¿Cómo? Si eso lo alivio con algunas tabletas.

- Señor Medina, por favor, si no tiene fe en mí, jamás le solucionaré el problema que padece. Colabore...

Colabore rechinó en mis oídos como a *“si no usas tu propio poder, te hundes en el foso de la perdición”*. El psíquico, como lo llamaban en los avisos de prensa, tarareaba panaceas, según él, las cartas del tarot las medicaban, que, a fin de cuentas, viajaban a velocidades semejantes a la de una tortuga somnolienta, porque sus devaneos eran de tal lentitud que mi desesperación ganó fuerzas y ,dentro de mí, relampagueaba momentáneamente como si hubiera una tempestad. El auricular, húmedo en razón de mi sudoración intensa, empapó silente mis manos y, en el instante más preciso, casi se me soltó; pero no fue así, pues mi emoción era ingente, extática, inevitable; claro está, escuchaba lo que hace un buen tiempo quise.

- Usted es un ser lleno de luz, de gran poder. Su problema proviene de un sueño...

Allí relato todo; sí, mi gran secreto. El arcano solo mencionaba mis vicisitudes, yo asentía totalmente asombrado, aunque feliz. ¡Alguien comenzaba a entenderme!

- De tal suerte, usted, mi amigo, sufre por este motivo, de allí toda su desgracia.

- Sí, sí, sí, ¿cómo lo sabe?

En ese momento, se me cayó el auricular y se soltó del cable en espiral que lo sostenía. Mi corazón latía rápido, mientras con nerviosas manos intenté conectar otra vez el cable. Sin querer, corté la comunicación, al tiempo que cerca de mis oídos sentí transitar con su raudo vuelo una mosca verde y ojona; sin embargo, rápidamente volví a hablar con Hermes, el psíquico. Me recomendó una piedra de río, negra y con punta roma; de paso, me recetó aun un brebaje de hojas de mango para untármelo por toda la piel cuando la luna estuviera de cachitos, que en acepción astronómica vendría a equivaler a un cuarto creciente; todo fue una especie de milagro, mi piel estuvo erizada por más de diez minutos y, por primera vez, en cinco años reía con tanto placer que parecíame yo a un adolescente hablando de sexo. Fue maravilloso, espléndido, magnánimo, hasta que la voz sosegada y pausada, de tono agudo, asestó como chuzo a mi oído la siguiente palabra: plátano. Insistí en elidir lo del vegetal, él me advirtió.

- Señor Medina, si no tiene fe en mí, jamás le solucionaré el problema del cual padece la más vil enfermedad psicológica. Colabore bebiéndose los remedios. Cómo pretende usted sanarse si no sigue las recomendaciones.

- Usted tiene razón, Hermes. Pero no me gusta la sopa.

Así que por mi mente pasaron bailando varias cavilaciones fatídicas sobre la veracidad y credibilidad del arcano.

- Bien, ya usted sabe todo lo que me pasa, pero no encuentro justas las soluciones.

- El injusto es usted.

Comencé a escuchar lo que me disgustaba, perdí entonces la medida y conmisericordia, Hermes, para mí, se desplomaba cual castillo de arena bajo las impetuosas olas del mar.

- Recuerde, la fe mueve montañas, con pensamientos negativos envenenará su alma, si es que ya no es muy tarde.

Colgué sin despedirme. El hombre, a pesar de ser el primero en enterarse de mi secreto, ahora no tan secreto, no pudo deslastrarme de mis fobias: la mujer, el auto y el plátano, los cuales acechaban mi sosiego, mi serenidad.

Fue innecesario hacerlo otra vez, pues no contaba con material suficiente como para poder conseguir a la par aquellas dos cosas necesarias en esto del *macabro plan*. Y la mente me sugirió algo, que por demás está decir, fue casi imposible, no tanto por su dificultad, sino por lo tonto que me parecía. Ella me esperaba donde acordamos la noche anterior; en ese momento, vestía un pantalón verde mantequilla muy pegado, le llegaba a las caderas. Era imposible eludir tal proposición indecente. Ella, ahora, aguardaba por mí, desnuda, quizá sobre su humanidad tan solo estaría un diminuto y triangular hilo, mejor conocido en el argot popular como tanga, de esos que parecen que de un momento u otro estrangularán las posaderas... Pero en ella, en esa diva carnícera, cómo imaginarme semejante espectáculo visual; sin embargo, en mi devaneo, mientras pensaba en ese algo, pasaron las más terribles lucubraciones: ¿será verdad tanta belleza junta? ¿No serán sus senos y nalgas producto del venerable “push-up”? ¿Será su cabello natural o tan solo tinte? ¿Serán uñas postizas? Y así iban mis cavilaciones en una vertiente por demás exagerada y casi rayando en lo absurdo... No, era momento para ser feliz, de una vez por todas deslastrarme de aquella fobia platanera. Ni Hermes ni madame Sassú ni el medico loco, tendrían la bendita razón. Alberto, miijo, ya era hora de que por primera vez en tu vida disfrutaras de aquellos placeres guardados en tu cuerpo y que en más de una ocasión lograste

descubrir con tu mano derecha; sí, ahora sí entendía el edicto enunciado por muchos: *“Zutano es mi mano derecha”*. Sí que tuvo razón quien inventó tal comparación, para mí, la mano derecha era mi mano derecha y nada más.

Corrí. Llegué a la farmacia ofuscado, sudando como siempre, aunque esta vez el mal olor era también mi compañero. Toqué una, dos o tres veces el timbre; al rato, el farmacéutico.

- No los tengo como usted quiere; dijo el hombre quien vestía una bata de laboratorio verde y sus ojos punzantes protestaron mi inoportuna presencia para tan solo comprar tan absurdo producto, y más a esa hora. Tal vez lo desperté de un sueño erótico o tal vez le pareció disparatada mi idea de conseguir semejante cosa a las tres de la mañana, total, cualquiera de los que él vendía allí, me serviría...

En tono burlesco me dijo:

- Si queréis te ponés papel aluminio o vejiguita de agua o si no te lo enyesáis.

Reí como para no molestarme, era tanta la necesidad de encontrar la cosa que buscaba, que me parecía tonto el ridículo vivido a esas altas horas de la noche; con tanto peligro en la calle, alguien, creyendo en mi opulenta condición, podría atacarme para dizque quitarme las pertenencias, y lo gracioso de todo esto es que en mi bolsillo tan sólo había cinco mil bolívares para comprar el producto que con denuedo me pidió: *“Si no lo traes con sabor a mango verde con sal, olvídate de que me quitarás el hilo dental con la boca”*. Y era ese capricho tan perverso como ella, ponerme a mí, yo, el virgen, a esa hora a buscar semejante producto. Al principio me negué, pero como toda buena mujer, en cuestiones del amor, vino, se quitó sensualmente el *“straplees”* (no llevaba sostenes), tan solo yo veía casi sin aliento, aquellas blancas, diáfanas y empinadas frutas del hipnotismo. Con su mano izquierda, me tomo por la cara, asestándome un húmedo y cálido beso, cuya lengua como malévolo dentista hurgó hasta mis incipientes cordales; el dolor de por sí ni lo sentía, era tal la anestesia de sus dientes, que despertó en mí hasta el último centímetro de mi piel. Durante sus juegos corpogestuales, cuando su mano no respetaba sitio alguno de mi cuerpo, entró por segundos el pánico a mi corazón, en reminiscencia llegó una mujer comiendo patacones en el garaje de la casa bonita, el auto se apagaba –esta, la peor parte-; de pronto, no podía más con aquella angustia, el deseo, la fobia y el placer se combinaban para causarme efectos inesperados; sin embargo, todo se disipó tal rayo de sol después del torrencial, cuando ella con su inquieta mano llegó, fisgona, a la mitad de mis piernas; sentí con esta acción una especie de hálito viril, de cumplido

erótico, de alabanza venusiana, mi primera vez, ¡y con semejante frase!, era como para derrochar toda aquella teoría aprendida en mis años adolescentes, era como para lucirme, pensé y pensaba yo que aquello era insuficiente, pero...

- ¡¡¡Muchacho, y qué animal lleváis ahí dentro!!!

Con incredulidad reí, dudé, aunque ella me demostró lo contrario, seguía jugando-según ella – a las muñecas, pero a su criterio: ¡Con un maniquí! El pecho se me hinchó de orgullo, no hay nada más meritorio que eso, saber que la majestuosidad de tu aliado más cercano enloquece a tu compañera de éxtasis, motivo por el que siempre luché, definitivamente me sentía realizado, podía morir en paz. ¡Al diablo mi virginidad! Estaba de disparen, apunten y fuego, estaba de en sus marcas, listos, ya, estaba a punto, pues ella, mujer en estado normal, pensante; pero excitada, con la inteligencia bajo cero, comenzó a besarme; no, a chuparme el cuello, a morderlo con fruición desesperada; en medio de esta actividad bélica- sexual, mis manos se contagiaron de aquella misma inquietud y me desplazé manualmente por todo aquel bien cuidado y esbelto cuerpo. Llegué donde quería, me encontraba en el bajo vientre, caminé poco a poco, ella como diciéndome *“ay mijo, estáis queda’o”* agarró mi mano y la llevó con suma rapidez al lugar que siempre soñé hurgar: primero el jardín, luego como si entrase entre grutas elásticas, sentí una humedad cálida en la yema de los dedos, estiré sutilmente, mas ella se movía bruscamente; de su boca salían sonidos ininteligibles, me comenzaba a asustar, *“y si esta muchacha le da un infarto, o se desmaya y convulsiona”*; pero al ver su rostro blanco, risueño lleno de placer, decidí, esta vez, empuñar la mano.

- A no, así no, acaso vos creéis que esto es de liga.

Yo pensaba que sí, por eso lo hice. Solo callé como saliendo de mi estado de éxtasis. Ella acomodó su atavío íntimo y se lanzó en la cama. Tenía, yo, miedo esta vez, parecía que me iba a morir del dolor de testículo. Me sonrió y lanzó un beso. Yo sonreí, pero parecía un corderito temblando de pavor, aunque yo quería, estaba decidido a lograr el cometido; sin embargo, ella me dijo a guisa de reto.

-Bueno papito, vos queréis quitarme esto con la boca –estirando su tanga de abajo hacia arriba-. Bueno, andá buscate unos condones, eso sí, a sabor de mango verde con sal.

¿Acaso, estaría tomándome el pelo? ¿Se burlaba? Yo, como buen esclavo o tremendo novato queriendo jugar al novato tremendo, taciturno, sin preguntar, salí a comprar esa ansiada cajita de condones, aunque en mi vida había oído semejante sabor, ¿esos vienen con sabores? Mi reloj marcaba las tres de la madrugada. Al final, descubrí que sí los había de sabores, pero con tanta inocencia de tonto busqué por todos lados el exótico sabor tropical. Desahuciado volví; al llegar, encontré el cuarto vacío.

Ella se había marchado. Un sabor amargo me dejó toda esta experiencia, recuerdo todavía y con mayor morbosidad la risa sardónica de cada uno de los farmacéuticos, *“¡un condón de sabor a mango verde con sal!”*, solo a mí se me pudo ocurrir semejante disparate. Todo fue triste, aunque por un lado pude cerciorarme de ese algo: *“Muchacho, y que animal lleváis ahí dentro”*, mi orgullo macho, viril, masculino, estaba elogiado; mas seguía siendo virgen, eso me dolía, me dolía moralmente, mi esfuerzo fue en vano. Las circunstancias disiparon mi fobia inicial, ya el plátano, la mujer y el auto eran para mí simples simbolismos, que esta noche, al fin, pude comprender; sin embargo, no me sentía del todo bien, pues, muy dentro de la conciencia, presentía acontecimientos aún peores que el hecho de estar virgen, presentía, lo que a partir de hoy llamé mi segunda gran tragedia, porque más allá de la posvirginidad se avecinan problemas que ni yo mismo imagino y que con el paso del tiempo, amén, iré descubriendo.

Con unas bolitas de naftalina humedecidas en orina de gato y unos veinte pétalos de rosas de diversos colores y tamaños, probé, si en verdad o no, lo sucedido la noche aquella, hace casi una semana, era producto del maleficio de magia negra vudú que tanto me advirtió ñañá Carmen. Ya ni me acordaba del rosario, ni de las piedritas de río, mi mente absolutamente en blanco, trajo a colación verdaderas frases, que si bien no ayudan a resolver el problema de mi gran secreto, por lo menos me confieren la potestad de seguir adelante con aquello de perder mi virginidad, llamado por mis intrínsecas maquinaciones como *el macabro plan*. *“Y qué animal lleváis ahí dentro”*, ¡vainitas!, ¡berenjenas!, ¡cebollines!, ¡coliflor! Eso sí era para mí un cumplido, la experiencia vivida la noche de sexo manual me llenó de una fortaleza incalculable, que con solo pensarlo se producía en mí una leve erección. ¿Descabellado mi pensar? Tal vez sí, aunque más perverso es creer que un marico anda haciéndote brujerías

para enamorarte, y con magia negra vudú; eso, a mi criterio, era totalmente orate, sin sentido.

Volví a inventarme otro conjuro, me pareció y me parece todo muy raro y, por demás, indescifrable. En un pote blanco y pequeño, metí lo que se asemejaban a seis metras, en este caso, seis bolitas de naftalina. Su olor era tan fuerte que toda mi ropa, incluido, mis interiores, quedó impregnada completamente de un hedor, cuya combinación estaba formada por gasolina y cianuro, fue terrible de veras. No conforme con esta acción, de paso desagradable a mi olfato ya contagiado de una infernal gripe producto de mis apasionados besos con la muchacha de la tanga, mi segundo paso, peligroso además, era el encontrar orina de un gato. *“Oh, y cómo haré para que un jodido gato meé”*, pensaba yo, y entre más lo hacía, la situación se me complicaba aún. Por fin, pude hallar un felino gordo y blanco, peludo, tenía un ojo verde y el otro azul, me miraba a los ojos, yo también a él, en un instante de silencio irguí su pelambre, sentía miedo, el níveo animal estaba listo para embestirme...

Con el par de testículos en mis manos, y brazos y cara arañados hasta donde más no podía, llené medio frasco con la ansiada micción forzada del pobre gato; luego, lo vertí en el pote blanco, aquí sí que se hizo insoportable el hedor; definitivamente, como para envenenar a cualquiera. Batí la mezcla con un palo de escoba, pues no hallé otra cosa para el momento, mi desespero era muy grande, tosía y escupía grades perlas amorfas verdes, *“Oh, que molleja de gargajo”*, pensaba... Al rato, terminé de vaciar el pote para regar el líquido dentro del baño de mi casa, pero ya va, Alberto, cálmate, ¡los veinte pétalos de rosa! Entonces, sin meditar siquiera, como siempre suelo, corrí. Llegué a un jardín, el cual por primera vez hube visto en mi vida: rosas rojas, rosas blancas, rosas cárdenas, rosas rosadas, rosas fucsia, rosas amarillas, rosas negras, muchas rosas. Quité los pétalos con mucho cuidado, los depositaba en una bolsa negra de basura, pues, al final, al igual que la escoba, no hallé otra cosa para el momento. A pesar de mi acción exagerada, entraba en mí, un aire de tranquilidad; oye, el sortilegio va de maravilla, con el gato suficiente y con las rosas todo sale bien; así pues, terminé, el baño casi fulguraba con la menor chispa, pobre de mí, y pensar que el fulano invento debe permanecer por más de una semana, no podía hacer otra cosa, solo esperar para creer saber, por saber creer, en los consejos de la madama de aquellos arrabales; sin embargo, ya van veinte días y todavía sigo en igual condición, con el baño en llamas y las heridas del gato doliéndome...

Son las cinco y treinta otra vez. Sudo. Por fin logro dar mil vueltas a la cama, así lo planeé antes de las tres, momento cuando pude por fin sosegarme; luego veo, meditabundo, con los ojos, el techo verde de mi casa. Cierro por segundos los ojos y veo lucecitas impetuosas avanzar hacía mí dentro de una oscuridad rojiza; aprieto con mi dedo anular el párpado, las luces, entonces, se tornan más verdes, dejan su rauda marcha, ahora son simples gusanos lerdos que se arrastran en una dirección indefinida, yo diría hacia arriba. De pronto, un tic-tac, otra vez tic-tac. Me levanto. Recorro desnudo todo el cuarto, sin la más mínima idea de que para ese instante de tanto sudor y expectativa, bajaría a mí, como caída del cielo, una pantaleta roja, con bordecitos tejidos en un rojo más vivo; de la impresión, del espasmo, tan sólo me vino a la mente olerla, así que con vehemencia llevé a mi nariz la prenda. *“Quien sabe, a lo mejor debe estar usada y la dueña no debe estar muy lejos”*, dije a mis adentros; expiraba tal huelepega en la plaza, aquel acto bochornoso de paso, fue para mí un ritual libidinoso, porque en efecto, la pantaleta estaba usada. Tenía un olor único e indescrutable en todo el centro, para ser más pedagógico, en la zona que cubre los labios mayores y el monte de Venus. La usaría, en todo caso, solía untarse crema o loción neutralizadora, la cual se combinaba perfectamente, haciendo de esta zona un punto inexorable –pensaba yo- para narigones y afines. Mis manos palpaban la calidad de la tela, grosor de la liga y, por supuesto, la forma. Podría decirles que en la parte posterior de ésta, tenía una etiqueta desteñida y maltratada, y por muy asquerosa que fuese, una estampa de palomino, de la cual dije era una mancha de chocolate con leche; yo deliraba, al punto de explicar que la señalada mancha marrón fue producto de una jornada amoratoria oral, donde el amante tomó una barra de

chocolate de taza y la frotó sobre su amada, incurriendo éste en un error técnico en la que manchó la prenda íntima de la fémina. Así pues, tal experto sabueso policial, indagué las formas adoptadas por los amantes para llegar a la conclusión de que ambos pusieron en práctica una especie de combinación entre el Kama Sutra y gimnasia rítmica, algo para mí novedoso y hasta artístico.

Estiré el atavío íntimo y lo coloqué en mi cabeza. Apretaba mis orejas poniéndolas del mismo color de la tela, sí me dolían, muchísimo, pero como a esa hora, predilecta a mis caprichos, sumado con la fuerza penetrante del excitante aroma, decidí poner en acción mi mano derecha.

- Oye, no hagas eso, cuando tan cerca tienes quien haga eso por ti... y con la boca. Me dijo una voz de mujer al tiempo que mis manos sostenían mi ahora bautizado "*Maniquí de carne*" por la parte más extrema de su boca.

- Ay, por qué no salís pa'que veáis como...

- Te morís en el intento; además de tener cangrejera, me llaman "La Caimana".

Yo sin entender aquella jerga vagabunda, convine en asociar cangrejera y caimana con dos fieras femeniles, ambas acuáticas, la una con tenazas, la otra con miríadas de dientes, que, sin ningún tipo de misericordia, dejarían como picadillo mi pequeño vagabundo, en todo caso, para quienes gustan de vocablo más sibarita y grandilocuente, en un exacto eunuco, en el común decir, capado. En mi osada memoria, lacerada por el constante agobio de lecturas decentes, traté de hallar certera respuesta, ante la sorna callejera de la oculta chica de la pantaleta roja.

- ¿Qué pasó?, ¡vais a arrugar!

Nervios de punta. Temperatura elevada a su máxima expresión. Cinco y cuarenta y cinco. Ahora la tipa usaba término distinto, arrugar. Ah, ¡arrugar!, sí ya... ¿Arrugar yo? ¡Jamás! Para disuadirla de tanta burla, voy a mostrarle en todo su esplendor mi inteligencia viril, esta vez seré yo un león, un gorila, un dinosaurio, no sé, pero se me ocurrirá algo...

- Vení pa'acá y te convertís en mona pa'que te divirtáis con este palo.

¡Era una gran respuesta a mi entender! ¿Y de dónde me salió? Quizá lo escuché a mi primo, o en una de las taguaras en las que desando y ando, o en la televisión. Lo cierto era lo contundente del dicho, lo sagaz de mi respuesta, la picardía de la frase, la comparación antonomástica de la imagen sinestésica, lo *“vergatarium vulgaris”* del enunciado, en fin, la calidad de mi capacidad de ser odioso y mordaz, me la estaba comiendo... pero aquí lo elegante y chabacano se fusionan, en estos momentos de alta tensión, donde el instinto y la educación se dan coces. Es el olor a vulva de oleaginosas fantasías y recónditos deseos, es el calor de una piel encendida, es la caricia indecente, es el beso lengualizado y lleno de fugaces mordiscos; aquí el mal aliento no cuenta, el mal sudor se soslaya, porque la libido es droga, te hace perder los cabales, la cordura, los valores, la ética. Es la demencia del placer carnal, pues por momentos pasa a nuestro pensamiento una variedad muy sutil del delirio y la perversión, una variedad muy frugal de lo grotesco y de lo inmundado, no hay cabida para adagios de ninguna índole, en este período la grosería, la vulgaridad y la indecencia son la verdadera *Santísima Trinidad*.

A guisa de mi apocalipsis virginal:

*“1 Y vi que debajo de mi cama salía una muchacha blanca, de cabellos negros, parecida a los súcubos que orlan las pantallas iridiscentes de artefactos mágicos, incitadores al consumo masivo de otros artefactos mágicos de usos aún más insignificantes y desconocidos por mí. 2 Sobre su frente lucía una pequeña cinta azul de la que se leía “**sexy, sexy, sexy**” y sobre esta niña había siete lunares, los cuales representaban sus siete maravillas; 3 para mí, lo profeticé así, venía la muy inexperta a tocar su trompeta.*

4 Y bajó otra pantaleta del techo de mi cuarto, ésta era amarilla, yo con la roja sobre la cabeza, hice ademán a la púber para que hiciera lo mismo. 5 De este modo, se cumplió mi segunda profecía. Ambos nos miramos con muchas ganas de meternos mano y comernos entre sí; los ángeles cantaban alabanzas, era el mismísimo cielo, pues para todo hombre virgen a semejante edad, era como llegar a ese sitio, después de haber pasado un calvario, bajo el yugo de la emperatriz Manuela. 6 Dios encomendóme así, yo, sin ningún remordimiento, vi padre, hijo y espíritu santo; me explico, arriba, adelante y atrás, dispuesto, yo, a lograr un buen amén.”

- Vamos, dale más.

Yo cumplía la orden.

- Así es, así es, comenzaba a gritar la tipa.

Me daba cosquilla todo aquello.

- Por qué paráis.

Me dolían las rodillas, tenía que descansar.

- Ay mijo, vos ya acabaste, cuando aún empiezo.

No, en serio, me dolían ahora las piernas...

- Qué pasó, tienes que darle duro.

¿Acaso, ella no entendía mi dolor?, ¡¡¡todo se dormía!!! La muy me puso a sudar, y a sabiendas de mi estado, me lanzó, sin ningún remilgo de vergüenza, su ropa interior usada. De este modo, dejé de lavar la ropa de mi prima, la estríper. De obsequio bailó para mí semi-desnuda, total, era su trabajo. Bueno, yo casi, casi; pero ella, muy astutamente, me golpeó con tal intensidad que terminé delirando para, finalmente, lavarle los biquinis, ¡Todos! Ninguno quedó olvidado. Yo, tan solo con mi dolor acostumbrado de testículo, cedí ante su petición.

Del suelo al cielo*

Te asomaste
y vi por la ventana
y sentí en el pecho
una flor de luz palpar,
entre mi mirada y la tuya
sus pétalos flotaban
cual bajeles bogando en la mar,

Entonces las mareas de tu boca
mojaron el dique de mis manos,
haciendo chocar sus olas
sobre la uña disonante de mil reclamos.

Sí, yo ahogado en tu vientre.
Sí, tú sembrada en mi pecho,
soñando sueños dorados
que a cuenta gotas cuentan los dedos.

Ya entre tú y yo nada es amor
todo es agua y fuego:
tú que me apagas
yo que me enciendo;
así mis rosas marinas nacen
unas de gota
otras de hormiga
hechas con cuero.

De pronto en un sueño dorado escucho:
¡Mi manantial de agua!
¡Mi incendio de fuego!
Y ante el absurdo pregunto:
¿De serrar el maderero de puertas
e instalar celosías de hierro,
Entonces cierran las puertas
al tiempo en que serruchos muchos

sierran sus cuerpos de cieno?

Al despertar vamos caminando
por el río ígneo
que nos lleva a la ciudad de los hielos
pero calculo sesenta años
cuando lleguemos
tú seca
yo apagado
aunque al fin juntos llegaremos
hasta morir unidos
guardando con recelo aquel juramento
de cuando nuestras gotas vayan
del suelo

***Son las doce y en la marcha
Mi reloj va loco apuntando
Una hora discreta de mil usos
Que sin ton ni son ya va marcando.***

Lo leía y en nada se me parecía a esos versos aprendidos alguna vez, en los cuales el ritmo final sí combinaba y daba al mismo mucha naturalidad, que con escucharlo siquiera ganas producía en el estómago, como una cosquilla. Eran versos malos, de un tal Ángel, sin apellido, mejor dicho, de su apellido ni me acordaba, no valía la pena memorizarlo.

Mis manos sostenían aquel librito de poesía, que mi prima, a pesar de su oficio, leía con denodada pasión y hasta con inmensa alegría. Ella, con rostro de gato bebiendo leche, puso en mis manos su preciada reliquia y me dijo, en tono doctoral, que aquel libro puesto hoy en mis manos representaba para todo hombre una joya de incalculable valor; me llenaría de sensibilidad, me haría ver el mundo de manera diferente, despertaría en mí pasiones ocultas y, además, me daría sabiduría. Yo, con la más grade apatía y antiparabolismo, agarré el libro y con una hipócrita sonrisa di las gracias.

- Ya lo creo, la poesía es bien bonita, decía yo cuando de referencia poética nada más tenía los vallenatos y otra cancioncita romántica, pues no soportaba la poesía.

- Yo podré ser lo que sea, quizás me llamen cursi, pero es que este tipo me parte y es que si lo conozco, se lo doy, le pido a gritos que me haga suya.

- Oh, y tan así es...

Y es como si le hubiera dado cuerda o le hubiesen insertado una monedita; en su discurso, me habló desde el comunismo hasta la globalización, comparó al poeta Ángel (el del librito) con un tal español poeta llamado Federico García Lorca. Me sentía fatigado, si alguna vez leí algo poético fue la edición especial de la revista "Play boy" y otras publicaciones similares, de resto, bueno, en el liceo. Mi magredad literaria, mi solo saber pragmático, me hacía seguidor de teorías como las de un amigo que llaman "Bolo"; Bolo, con su rostro achatado, de piel curtida como aceite quemado y los ojos saltones, planteaba que "Toda mujer, a eso de los quince o catorce años, tenía la pepita (la vulva) de radar, es decir, estaba con vos empatada (sostenía un romance) ,

pero la pepita se activaba y al ubicar al otro coño(en este caso, hombre o caballero) más bueno (apuesto), te dejaba y la pepita apuntaba a la otra víctima". Bolo exageraba en gestos y explicación, yo aludía inmadurez a las chiquillas, quizá un maltrato, un acoso, las hizo indecisas, mas él replicaba:

- A verga muchacho, vos qué creéis, que ellas ya a punta de ese plan serán señoritas a los veinte.

Pensé: "Éste muchacho díscolo tenía la razón. Ver de un modo sencillo la vida, sin complejidades, con la explicación más insólita y absurda, pero sensata, confería a Bolo un aire de redentor espiritual, de analista internacional en asuntos políticos, en fin, de un arquetipo de verdadera filosofía".

- Primero te engatusan, dicen que sois el más importante en su vida, te escriben carticas, una o dos. Bueno, ahí te amarran, después de que vos te encabronáis, viene la puñalada, porque la pepita se le activa, van pa` fiestas, bailan deprava`o y ahí ven al coño más bueno, - aquí hacia una serie de remedos y las pepas de sus ojos se le brotaban a tal extremo que parecía que se le iban a salir volando de su cara – te pegan cacho; después te sueltan el pote de humo: *"No, es que de chiquita a mí gusta el chamo"*.

Así era la teoría del Bolo, sin escrúpulos, sin la más mínima dosis de pudor, a pecho desnudo soltó una retahíla de groserías y maldiciones. Quizá, en ese momento, poesía para mí, representaba una mujer desnuda o tal vez una caricia prohibida en un lugar público. Yo era un grandísimo rata, estaba totalmente corrompido, yo lo sabía. El recuerdo de aquellas palabras era para mis oídos dulce lírica y, en ese proceso, por fin, pude descubrir unos versos inolvidables del librado tosco y viejo de mi prima.

Entre tú y yo nada es amor

Todo es agua y fuego,

Tú que me apagas

Y yo que me enciendo.

¡Brillante! Sin la menor idea del porqué causó emoción en mi ser, sentí en mi mente algo indescriptible semejante a la sensación de cuando veo en sueños la desfachatez de una mujer bonita hablándome de arte al tiempo en que su boca se enredaba en medio de mis piernas y con crueldad aumenta su marcha, con el cabello alborotado a su vez, hasta lograr persuadirme, me clava en la mente la idea loca de

pedir una cola hasta el cielo, pero aquella sutil metáfora es una solazada mentirilla, envuelta en el más sublime lenguaje, pues me dejaron solo...¡ y con la mano derecha!

Sentado sobre mi cama, observando como mi prima se preparaba para el espectáculo de la noche, su cutis almidonado, pecheras, pantalones pegados con cierre mágico, ejercicios de relajación muscular a la hora de trepar por el tubo, dientes limpios, cabello secado y embadurnado con gotas mágicas, me di cuenta de que para hallar solución a mis problemas debía recurrir a la ayuda de Dios y encontrar la que sería mi primera esposa como en un principio lo planeé.

- ¡Y vamos a darle un aplauso al rey!

La gente en un griterío y jolgorio agudizados en un centenar de palmadas, vociferaba, dentro de aquel lugar, su amor profundo a ese ser. Manos alzadas. El poder cae sobre las palmas; aplausos una vez más, manos alzadas, un ritmo entamborillado, alabanzas, glorias; sí, no había duda, Alberto, llegaste a una iglesia sin darte cuenta.

Ahí estaba, atisbando a todos lados, por una parte buscaba quien sería mi esposa primera y, por otra, intentaba cotejar el sitio con no sé, pero la idea era esa.

- ¡Y vamos a darle un aplauso al rey de reyes!

Apuntando hacia arriba, un gordo, cejijunto, sostenía con una mano el micrófono, mientras que con la otra bosquejaba ademanes ilustrativos para eficazmente ministrar bien la palabra, como lo oí decir entre las personas; aunque a mí me pareció un simple y vulgar sermón de cura, con la variante de que el gordito entonaba canciones alternativas, eso sí, alusivas a Dios. Parecía un chocolate, andaba vestido todo de marrón, su voz de bajo suave convencía, por su eufonía, por su discurso, hasta al mismísimo Papa de convertirse en evangélico, pues vaya que estos hombres son de una grandilocuencia extraordinaria y formidable: te miraban y como piedra en la frente “un Dios te bendiga”, a ratos a las personas oíaseles decir “amén”.

- Pues traerá la gloria.

- Amén.

- Y salvará naciones.

- Amén.

- Y vendrá su reino.

- Amén.

Yo, en mi impericia, por aquellos lares, mientras detallaba la espalda de una muchachita blanquita, coqueta, como de quince, quien reía hasta de bostezo de un bebé, di la respuesta más estúpida de toda mi vida.

- Hermano, ¿de qué célula viene?, me dice un señor moreno y bajito al tiempo que estrechaba mi mano. No sabía qué responder. Por supuesto, de una célula todos salimos, yo de la de mi madre, pensé, pero no quise pecar de insolente. Mi silencio se hacía más insolente que mi pensamiento. De los nervios sólo respondí.

- Amén.

El señor me dio una sonrisa de tolerancia, como de quien finge no haber escuchado tan aberrante tontería, *“quizá por la bulla del gordito locuaz no alcanzaría escuchar el pobre muchacho”*, porque a decir verdad el persuasivo hombre increpaba:

- ¡Y vamos a darle un aplauso a nuestro rey!

Me conmovió la excesiva generosidad de los creyentes, la diapasón producida por las palmas duraba casi tres minutos, cuando nada más el pastor pedía solo uno. Llovían aplausos, seguidos de glorias y rematados de alternativos amenes.

- ¡Y vamos a darle un aplauso a nuestro rey de reyes!

Esta vez la muchacha rompió en sollozos y, como rara cosa, reía frenéticamente, *“Estaría loca”*, dije sin meditar, porque, al cabo de un minuto o dos, me enteré que la actitud asumida en sus distintas variables: gestos, llanto, gritos, aplausos, se debía a la incorporación plena del Espíritu Santo. El Espíritu les brotaba a cada instante, la estrepitosa música aupaba collarines, zapatos, relojes, blusas y vestidos largos; colores ocre y crema atisbé, todos, en representación misma de una pleitesía divina a Dios, Cristo, omnipotente.

- Amén.

- Y bajará a juzgar a los inconversos.

- Amén.

- Y tendrán la vida eterna.

- Amén.

Yo emulaba al tumulto, con la pequeña esperanza de resolver mis problemas. Oh Dios mío, prometo no ser el mismo Alberto, desecharé todas esas morbosas revistas, y también los afiches; prometo no abusar de los baños de Manuela, es más, no lo haré más; las doce horas de jornada en mi matrimonio las reduciré a tres; quemaré el libro de las posiciones; botaré los condones; las piedritas de río: ¡Qué monstruo he sido! ¡Una bestia carnívora!

En mis cavilaciones, veía una figurilla del Bolo arder en llamas, quien me gritaba esquizofrénicamente:

***“Vivan las pútridas pérfidas
 Pépitas que por patadas al fan fin
 Pretenden paponetearnos con fúlgidos
 Pápitos por patadas al pin,
 porque papos* pretenden
 hiperpapomitirizarlos al plin, plin”***

¿Se moriría en aquel trabalenguas?, sus nalgas ardían en llamas carmesí, pelaba los dientes y de su boca salía candela. Entonces, todo esto lo asocié con el diablo, quien a través de mi promesa sufrió un ataque de rabia sin precedentes. Me sentí vivo, santificado, glorificado. A Dios amén,¡¡¡ me ha salvado de las maldades hechas por

*Órgano sexual femenino; vulva.

mí, por tentación del diablo!!! Sí, ese ser corruptible y corruptor, magnífico artesano de la iniquidad, era vencido con solo decir amén.

- ¡Y vamos a darle miles de aplausos al rey de los cielos!, concluyó el pastor, esta vez yo aplaudí hasta enrojecer mis palmas.

- ¡Y chúpate esa mandarina!

Decía mi primo. Decía el Bolo. Decía mi tía. Decía mi prima, la estríper. Decían todos.

No era el mismo, vestía una camisa blanca almidonada, dura en el cuello, reloj de correa negro, pantalón beige, holgado y sin plises. En la mano una Biblia pequeña, obsequio de los “Gedeones”, un grupo cristiano, integrado por hombres opulentos, pero generosos. En las más absurdas diatribas, giraba mi incipiente vida conversa y ofrendada al Rey de los cielos. Mis ojos tenían un brillo terrible, a su vez hermoso, la expresión de mi cara, antes grisácea, ahora violácea, diría que era cerúlea, producía estupor en quienes por circunstancia de la vida habíanme conocido en mi otra vida; pues sí, era como dar un paso inmenso hacia un terreno fecundo y florido, uno va al mundo con ojitos de paloma apedreada y en una sola palabra envolvía tanta alegría reunida: amor.

- Ay loco, ahora sí estáis bonito.

Callaba como Cristo en el calvario. Era injusto, nadie creía en mí, era tanto como si dijera que soy aún virgen. Oh, clamor divino, qué cosa era peor; pero, bueno, fuerza mijo, fuerza.

- Si no hace mucho vos casi me violáis cuando te tiré la pantaleta roja.

Me retorció del remordimiento, incluso vino a mí como el demonio a Cristo en el desierto, la escena donde obcecado busqué a media madrugada los fulanos preservativos de mango verde con sal. Ay Diosito, si tú sabes, eso fue una debilidad carnal; bueno, Alberto, hacia adelante.

- Míralo ahora, el santico. Cuando no hace mucho te consultabas con la bruja de Integración y te vestiste una vez de blanco para hacerte un trabajito.

Dibujaba circulitos en la arena al igual que Cristo, miraba silente el azul cielo, ponía por decir así, la otra mejilla, incluso, la nalga. El colmo de colmos diría en todo caso, nadie se quedaba sin excusa, todos sacaban trapitos al aire; muchos deleitábanse con mi testimonio; algunos creían en mis palabras; otros solo se burlaban; unos me hacían recomendaciones innecesarias; ninguno quiso seguir mis

pasos. El mundo contra mí en batalla desigual, aspiraba cual héroe del mundo, en utopía, lograr la gloria.

- Vos te creéis Cristo mismo.

- Por lo menos trato de imitarle.

- Sí, pero Cristo es Cristo, vos sois vos.

- La palabra de Dios lo estipula así, seguir sus pasos.

- No olvidéis algo, la carne es débil, ya verás, ya verás, te pondré la mano en el hombro.

- Oraré, pediré protección, Dios nunca desampara a sus hijos.

- Sí, pero no me entendéis, Cristo, no sé, jamás tuvo mujer, deseos carnales, él era perfecto, porque decime, hubo tentación en el desierto, pero de un diablo que le ofreció poder y naciones; sin embargo, nunca se pudo comprobar si venció el poder de la carne, lo dijo una vez *"la carne es débil"*, mas no se mostró con fehaciencia y pruebas si él rechazó sexualmente a una mujer; en fin, te pregunto yo, y me disculpáis, ¿cómo fue la vida sexual, la sexualidad, de Jesús?¡¡¡Pues en teoría él era un hombre virgen!!!

No supe qué responder, pues ni yo mismo sabía sobre mi vida sexual ¿Qué le podía contestar yo? Por mi mente nunca pasó esa pregunta, cuando, con todo y eso, yo hube experimentado algún coito en mi vida. Ahora viene éste y me desarma, ni siquiera sabía yo si haría tarde o temprano el sexo, ¿cómo ,entonces, puedo saber el comportamiento sexual del ser más perfecto?, porque a la perfección sabía yo de mis aberrantes pensamientos, infundidos, en parte, por desconocimiento o miedo a fracasar en este aspecto de la vida, ya que para el mundo, en mayor o menor grado, el sexo, la relación sexogenital, representaba la vis de un pensamiento inspirado en el placer, una vida lamentablemente basada en mantener satisfechos los deseos asquerosos de una vagina y un pene.

- Ajá, respondeme, cómo es que Dios mando a Cristo a este mundo tan corrompido, cuando a su vez crea al hombre y a la mujer y les ordena reproducirse; entonces, por qué no lo hizo, por qué no se reprodujo Cristo.

- Porque él sería el Salvador, el Mesías, el mismo Dios pero hecho hombre, cómo pretendes semejante disparate cuando él era un ser superior, inmortal.

Traté esta vez de enmendar aquella disquisición divina de los escritores de la Biblia, aunque esta vez mi inquisidor me atajó:

- Esta bien, pero decime, Jesús era el ejemplo, está bien. Imaginate vos si todos, en caso positivo, hubiéramos seguido su ejemplo de ser iguales a él, ¿cómo nos reproduciríamos?, porque en ese quehacer hay cosas quizá desagradables para Dios, en ninguna parte de la Biblia explica el límite de este amor en pareja, y no olvidéis, que en el amor todo se vale, y en ese todo, en esa libertad amatoria, podríamos ir en contra de principios eclesiásticos, porque a mí, y que me perdone Dios, sí me hubiera gustado ver a Cristo con una cuaima* al lado, pues, te lo repito otra vez, él era un hombre virgen.

Yo estaba totalmente de acuerdo, lo que él decía resultaba sensato; no obstante, yo respondí.

- Muy cierto lo que dices, pero siempre que en ese amarse no hagamos daño a nadie ni a nosotros, ante los ojos de Dios estará bien visto; para mí ese es un principio de libertad.

¡Genial! Mi respuesta sabia sabía a savia del árbol de la vida, ¿era yo?, o el mismísimo Espíritu Santo que hablaba por mí. Por eso, detallé el rostro del hombre, quien inquiría a ratos sobre la veracidad de mis palabras, sus ojos acechantes observaban mis labios sudorosos, sudaba menos, previa determinación mía, ellos se movían al son de mis amenes mentales y taciturnos; empero, las manos del hombre también sudaron como las mías, todo era un tufo desagradable y terrible, que me hacía la nariz trizas, y empalagaba mis ojos inquietos, quizás también ahora sudorosos. La tarde parecía quieta, eso me asusta. No me atreví a diferenciar el ámbito, mucho menos la temperatura, tentado sí estuve de escudriñar las sombras, que a mi parecer creía se burlaban de tan inanes preguntas y respuestas. Nació en mí la necesidad de preguntar el nombre a tan agudo hombre, blanco, nervudo, alto, mirada férrea.

*Venezolanismo, mujer posesiva, malhumorada, celosa.

- Padre Miguel, para servirle.

Enseguida procuré encontrar más respuestas.

Por un minuto de silencio, vi, desde lo más alto de una colina, un cielo gris, nubes beige y viento plomo. Por dos minutos de silencio, escuché un sonido violento e inusitado, plagado de mil deseos profundos, escondidos; era tanta así la cuestión, de por minutos en oración, vi y escuché cosas, que por lo pronto desistí de mi idea de casarme a tan corta edad: *falta mucho por hacer, falta en demasía por bocas besar y, por supuesto, por dedos distraer.*

¿Qué? Aléjate, aléjate ¿Qué?, no, ¿soy yo?; ¡Qué! Aléjate, aléjate, que no soy yo; ¿Qué? Vete, vete ¿Qué? No, ¡soy yo! Sí, me volvía loco en divagaciones quejumbrosas, donde al final resultaba innegablemente culpable, ex profeso yo de mi propio pensamiento injurioso a la palabra divina, a mi propia iglesia, a mis hermanos. Me daban asco mis dedos, sus yemas, sus uñas, sus venas, sus ovaladas huellas, profundas y aviesas, vericuetos de la maldad y el bien, cuyos laberintos confundíanme así por así. Ese era yo y me odiaba, sentía asco de mis dedos, sobre todo de los derechos, donde la mugre más asquerosa penetraba casi excitada y sin impedimento.

- ¡Jesucristo no tuvo cuaima!

Por Dios santísimo y divinísimo, expresión semejante, vulgar, soez, zahiriente. Me ofendí a tal punto que me vi en la necesidad de sujetarme con vivas brasas de la medida para no tratar de golpear salvajemente a ese señor, quien se llamaba a sí mismo el padre Miguel. Gordo para caerme peor, su boca de tortuga infeliz y sus ojos de lechuga trasnochada producíanme la más descarnada y obligatoria rabia; su rutilante acento, embadurnado de filosofía neotomista, laxaban sin duda al más estreñido; en cambio, a mí, por capricho de natura, ganas de ir al baño, pero a vomitar.

Era la tarde quieta, ¿por qué?, siempre quieta pasa algo; fue la tarde quieta, porque siempre quieta pasa algo; es la tarde quieta, por que siempre quieta pasa algo y, no es para menos, me sentía pésimo, con los ánimos debajo de lo común, en el centro de la tierra.

Como podrán ver, agarré, corrí a la nevera, las manos se me inflaron en razón de un frío casi absoluto, y hediondo a pescado que del congelador se desprendía poco a poco. No sentía los dedos, quizá para aquel momento de vital importancia, pues no podía con el peso de mis manos, ahora el hielo escarchado fungía de verdugo, de censor, impasible a su más sutil ataque; eso me gustaba. Saqué unas tabletas, bebí agua; al rato, me pasó la resaca de la noche anterior, y no fue por embriaguez, sino por las horas de vigilia. En tres minutos, volví en mí, con mi reloj en mano tomé el tiempo, guardé silencio, hube en ese instante pensado barbaridades inefables, de las

que antes de convertirme pensaba; era algo como de no casarme, ya que rechinaba en mis oídos el bendito algo:

- Soy muy joven, necesito hacer muchas cosas; debo besar muchas bocas y darle distracción a mis dedos.

El diablo me buscaba, ya no en su forma de Bolo, esta vez en pequeñísimas cosquillas dentro de mis manos; con las puntas de mis dientes rascaba mis dedos, en tal acción rompí uñas, enrojecía, entonces, mis yemas y, por poco, borré mis huellas dactilares. Seguía el diablo, se reía pelando, esta vez, sus negros dientes, me sacaba el dedo medio, mostraba su cola; así fue jugando conmigo toda la tarde; di tremendo salto, atrás un zapato bolichero negro, en medio una media tobillera blanca, caí de bruces, alucinaba, pero para el momento trataba de pensar en lo propio en lo justo.

- Vete ya, Satanás. Aléjate, aléjate, vete, vete.

- Si tú eres yo...

- ¿Qué?, no, ¿soy yo?

- Sí, tú mismo.

-¡Qué! Aléjate. Aléjate, que no soy yo.

- Sí, eres tú, sólo tú.

- ¿Qué? Vete, vete, ¡qué! No, ¡soy yo!

Con su idioma, enredó toda mi lengua, creí, creí por instantes ser el mismo diablo: cola roja, dientes negros, un diablo mediocre, de pacotilla. Ahora la cosquilla la sentía adosada a mis uñas que me temblaban, casi volaban solas como murciélagos videntes. Entre lo absurdo y sensato divagaban dentro de mi mente, corrompida quizá por un sisear silente de Satán. El señor rojo reía, reía negro, reía oscuro; sin luz de su boca, tenebroso, inquirió:

- ¿Una tarde quieta?

- Era la tarde quieta.

- ¿Por qué?

- Siempre quieta pasa algo.

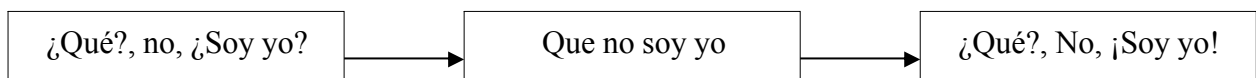
Sus ojos pequeños y azuzantes relinchaban.

- Fue la tarde quieta.

- Porque siempre quieta pasa algo, dije.

Demudado comenzó a desaparecer, lloraba como niño, en sus berrinches comprendía algo que jamás logró olvidar, por más intentos no pudo; así determiné una serie de pasos a seguir para matar al diablo, si a eso se le puede llamar como tal.

Descubrí un complicado juego de palabras de por sí ambiguo y ambivalente, de sentidos varios, demasiado equívoco. Descubrí la forma correcta de cómo vencer a toda una dinastía de diablos en biquini de hoja de plátano, a esos que fingen ser invencibles. *“Es la tarde quieta porque siempre quieta pasa algo”*, dije otra vez, sumido en un convencimiento inadecuado, pero persistente. Me di cuenta del punto débil de una tentación, ella como su nombre lo señala tiene valor doble, triple, en fin, muchos valores, de los cuales uno escoge el de mayor conveniencia, así hice yo.



Tres valores operantes, de los que yo solo decidí sólo escoger, a mi criterio, el de mayor aproximación a mis realidades fatídicas. Los tres existen y son verdades, imperan cada uno en su reino, sus predios son inaccesibles a quien ose violar sus reglas. Ahí están, tú los eliges. Algo parecido, creo yo, es el camino entre el bien y el mal, en forma todos iguales o parecidos, cuyo significado varía adecuándose a las necesidades propias de cada ser.

Mis necesidades, distantes de la realidad, parecíanme tan orates como mi nueva visión triada de la vida; volví en mí, jurando que no volvería a pensar siquiera en

la posibilidad de ver al diablo usando los signos de puntuación a su conveniencia para hacerme desistir de mi idea de matrimonio.

La vi cercana a una de las sillas, la vi sin pensar, volví a verla detalladamente. Piel blanca, cabellos negros esparcidos por su desnuda espalda, mirada arqueada en sendos parpados multicolores, coqueta de andar sigiloso, turgente en todas sus formas necesarias, parecía una arbitrariedad misma de la naturaleza haberla hecho como era, todo un abuso de belleza misma, tanta que a principio no me gustó.

La especie se acerca, viene poco a poco, ¿qué hago?, ¿qué le digo? Ya está aquí. Me tiembla todo; ella, en movimiento sugerido, parpadea, sonrío, viene dispuesta a conversar. Mueve la boca, un sonido gutural.

- Zu, zuas, zu, zu, za, zu...

¡Qué bella!	¡Sí está buena!
¡Qué hermosa ninfa!	¡Oh grandiosa Náyade!
¿Será caimana o cangreja?	
¡Sílfide perfecta! ¡Qué grades nalgas...! ¡¡¡Basta!!!	

Era yo un dúo, decía y hacía cosas por doble partida, bimentalmente todo yo, mis dos asumidas conciencias, ¡¡¡Basta!!! O era el decente o era el indecente.

- Hey hola, dije casi temblando

Voz audible, la señal comenzaba a funcionar.

- ¿Dónde queda el baño para damas?

Si quieres te llevo y lo hago todo por ti... Será un baño para diosas, pues el de dama te queda pequeñito. Desperté...

- Cruzando por la derecha.

En la iglesia, nunca hube visto a tan infame creación de la belleza, ¿existía mujer tan perfecta?, si acaso en aquel sitio una que otra, sobre todo la niñita ésta que tiene la espalda de Señor mío y Dios mío, sólo hasta ahí. Pero ésta me asustaba, me violaba los ojos sin mi consentimiento, era una tentación viviente y me gritaba su cuerpo: *“A que no me agarras”, “a que no me tomas”, “a que no me coges”*. Mis manos inquietas, más sudorosas aún, querían cumplir aquella orden, ejecutar en todas sus acepciones su trabajo: agarrar, tomar, aprehensar, asir, coger... para mí, ojos de palomita apedreada, me era sumamente difícil no poder realizar tan venerable acción. Por momentos, cual reptiles cavando sobre la arena, un sinfín de pensamientos volvieron otra vez.

- ¿Será la señal de que ésta es mi primera esposa?

Decidí ir al baño a buscarla. No la encontré, pues su figurilla estaba desvencijada ya de tanto verla. Solitario el pasillo, la ilustración de dama sobre la puerta gris, ella posiblemente dentro, mostrando lo que querría ver yo a un retrete. ¡Qué infame! *“Ya verás, ya verás, te pondré la mano en el hombro”*, palabras del padre Miguel. Otra vez encendí mi sentido común, di seis o siete pasos atrás, disimulando beber agua del filtro, me limpié con el antebrazo la boca. Atisbé. La puerta gris se abrió lentamente, era ella, vestido corto, botas largas negras, blusa escotada blanca, grafilado su cabello azabache o chocolate; me acordé del gato con botas o quizá de un punto y coma, en razón de su andar cambeteante e intermitente; sin embargo, la majestuosidad de su piel de leche sin mancha, dábanle perdón aciago y rotundo. Sus pasos rutilaban el piso ahora plagado de la más fina y vulgar belleza. Yo, por segundos, volteé como tratando de inventar una nueva excusa para hablarle. Ya estaba cerca, muy cerca, no se me ocurría nada...

- ¿Es la primera vez que vienes?

- Sí, aunque no por voluntad propia.

- No entiendo.

- Bueno, mi padre.

No contuve mi curiosidad, ¿cómo retenerla?, si se va, se va...

- No te vayas.

Ella sonrió, disimuló no estar turbada, con mis palabras ruboricé la piel de su rostro y sus ojitos de osito de peluche, bestiales y dóciles, me abrieron, por primera vez, los portales de una esperanza que creía perdida, recuperada, en ese momento, cuando dije *no te vayas...*

Todo comenzó otra vez, eran las seis de la tarde, sudaba a cántaros, lamentando, al mismo tiempo, después de haber despertado, que todo fuera un falso sueño.

- Y ese problema como se resuelve.
- No, no hay modo, ni forma.
- Pero tu papá es tan así.
- No habéis visto nada.
- ¡Qué! Tan así te tiene.
- Es que él es muy celoso.
- ¿Celoso? ¿De qué?
- Bueno, que no le gusta que hable con ningún muchacho.

En ese momento sentí la bolita del mundo sobre mi espalda, hablaba con la hija de Edmundo, el pastor de la iglesia. Los nervios me comían como gusanos la piel, ahora temblorosa, pálida, erizada. La presencia de esta niña era, para mí, motivo de alegría, a su vez, motivo de zozobra; su padre, un infernal celópata, sin importar siquiera la clase o condición, increpaba, moviendo su bigote de gato amansado, al más orlado, al más sabihondo.

¡¡Ay Dios!! El viejo Edmundo, quien lo iba a creer, sea como sea yo me gano a la hija, pues para Alberto no hay obstáculos infranqueables, mucho menos un loco fanático, quien en nombre de Dios pretende esclavizar a su hija.

- ¿Qué? ¡Estáis loco!
- Vamos a escaparnos y listo.

Ella y yo teníamos un mes de novios, la conocí una tarde cuando en la iglesia celebraban unos actos de los tres años de apertura de los grupos familiares de adoración. La vi cercana a una de las sillas donde el pastor peroraba como siempre. Manos arriba, bigotes alborotados, consignas y mensajes relacionados con el plan de la venida de Dios a este mundo. *"Prepárense, que el fin está cerca"*, sentenciaba, en un tono azuzante, manipuladoramente cruel. Yo movía, impertinente, mi pie: el fastidio, seguro. También miraba a todos sitios y, para completar, olía mis manos

sudadas; de ahí, bien, la vi, sin pensar que esa niña sería hoy mi novia, porque bonita sí es, más ese día cuando la detallé: piel blanca, cabellos negros esparcidos por su espalda desnuda. Me miró ella a mí, su mirada arqueada en sendos párpados multicolores prorrumpió en mi pecho; el corazón se me salía, la emoción de mirar y corresponder era una verdadera sensación de éxtasis.

Se levantó. Coqueta de andar sigiloso, turgente en todas sus formas necesarias, a primera vista me pareció una exageración misma de la naturaleza haberla hecho como era, una depravación de belleza, una arbitrariedad, un abuso, por ello, no me gustó al principio. Se acercaba poco a poco, el golpe de sus zapatos lo sentía en mis oídos rechinar tan audiblemente que me pareció un enjambre de abejas locas y bulliciosas, ojos grades y rabo amarillo. Pasó. Mis ojos con ella se fueron, caminaron al paso de esa inmensa retaguardia; de sus capullos salieron mis pensamientos, *“sí estáis buena muchacha, de paso con tremenda retaguardia, ¿no seréis vos una caimana o cangreja?”*; entonces, el pudor, al mirar a esa gente orando, llegaba a mí para imponerme razón, decencia, ya que era aberrante, no parecía ese nuevo yo, parecía otro, me sentía dos en uno, sin embargo, con un energético y contundente basta, corté de raíz el árbol con sus capullos. *Basta, basta, repetí.*

Tuve la necesidad de volver a detallar el paso de quien es para mí la imagen de insurgencia e indiscreción, fijé mis ojos en su cuerpo andante: sus manos al son de sus hombros, el cabello retumbaba, plaf, plof, plaf, sonidos ya familiares a mi entender, pues a guisa de canto señero en una calle a media madrugada el plaf, plof, plaf, me indicaba la melodía que generalmente los protagonistas de los filmes escuchan a medio andar cuando por hechizo ven a quienes, en supuesto, serán el amor de su vida; yo vivía ahí mismo, sentado en la silla, moviendo el pie locamente, al ritmo de los sermones de don Edmundo, mi idilio, o la génesis de una pasión ardiente y candorosa, y ,en consecuencia, lograr lo que he venido buscando durante mucho tiempo.

Mi ensueño de película fue interrumpido, debía ir al baño y lo hice. Solitario el pasillo, buen indicio éste, las cosas marchan bien, así que como pude caminé disimulando ir con urgencia al baño; por fin salí para hallarme después de frente con una muñequita gris, sin ojos, sin facciones, sin forma alguna, tan solo una línea en cuya cabeza columbrábase una figurita de moño o cabello corto a los hombros, quien me indicaba silenciosa que ella estaba allí mostrando a un retrete lo que yo con morbosidad quería verle; *“infame”*, me dije y dentro de mi cabeza salía ese gordito sacerdote que, riéndose me decía: *“Ya verás, ya verás, te pondré la mano en el hombro”*. Sentí miedo, mis oídos escucharon, nuevamente, el relinche de pasos, salidos esta vez del baño de damas. Di seis o siete pasos atrás, disimulé beber agua de un filtro por allí cercano, me limpié con el antebrazo la boca.

El sonido de la puerta gris me puso alerta, era ella, vestido corto, botas cuello largo negras, blusa escotada blanca, grafilado su cabello azabache o chocolate. Sin querer recordé el cuento del gato con botas, pues a mi modo de ver, cambeteaba con aquellos cueros titánicos, aunque su belleza misma, representada en su piel de leche condensada y pecas de *Korn Flakes*, la exculpaba sin derecho a protesta o berrinche; así es, a una hermosa mujer se le perdona hasta el mal aliento.

- Vamos a escaparnos hoy.

- ¿Qué? ¡Estáis loco!

La besaba debajo de la oreja, ahí sentía de pronto que los vellos de su espalda se erizaban por completo; le susurraba al oído lo mucho que la deseaba, ahí sin querer tocaba su seno, con elegancia, con disimulo. A ella le gustaba todo lo que le hacía, incluso yo le parecí un hombre muy romántico desde el momento mismo cuando la invité a dar un paseo en bicicleta, eso sí, ella sentada sobre la barra, aguantando como mártir el dolor de su nalgas. ¡Me quería!, a ella eso no le importó, llegamos ese día lejos... ¡en la bicicleta!, que para males mayores se le desinfló un caucho y a ratos pelaba de la piña la cadena; ella con ojos brillantes me observaba, lanzaba un beso, ¡me quería! El sol, la inclemencia del calor y sudor, las calamidades de la bicicleta, nadie las soportaría como ella. Ese día sí que las lenguas no pudieron más, a mí me ardía, la muy traviesa succionaba con su boca todo lo que tenía la mía; luego, pícara, mordía con sus dientes mis labios, me abrazaba: un olorcito de su brazo; yo la abrazaba aguantando la respiración. ¡Vainitas! ¡Berenjenas! ¡Apios! Ella me quería, por lo menos tendría yo que esforzarme para no romper esta relación, de un mes, de paso bonita y que tanto me ha costado, porque esta niñita come como demonio en ayuno, aunque yo sé que esta inversión me generará ganancias y nueva vida.

Escapamos la noche de un sábado, después de un encuentro familiar en la iglesia, a los cuales mi familia nunca asistía; claro, ellos no vivían conmigo ni yo con ellos.

- Ajá, y tu papá y mamá qué dicen.

Callé. Miré al piso. Seguí callado. Miré la pared. Hablé.

- No vivo con ellos.

Sus ojos mostraron asombro, los míos detallaron una calza gris en la parte izquierda de sus dientes.

- Ajá, entonces, para dónde vamos.

- Para mi casa.

- Ajá, pero allí nos encontrará mi papá.

- Bueno ya veremos para dónde cogemos.

Callada al fin, resignóse a ver cómo resolvía yo el problema... Si lo que tienen son quince, solamente a su edad una cosa quería aprender y, solícito, yo quería enseñar. Al fin callada, dejó de decir el bendito ajá, que me obstinaba tanto. Pobrecita, ¿sabrás esta niñita tan inocente?, solo mira cómo se hurga su cabello, mira, se ve y pela los dientes en el retrovisor, ay Dios, ahora se extirpa una espinilla...

- A vos no te salen muchas.

- Solamente cuando me viene la regla.

¡La menstruación! Casualmente ahora te viene; no pudo ser otro día; yo estaba preparado y zuás, la menstruación viene y te dice: *"Ahorita no, tiempo fuera"*. Además, hay que tener muchas ganas para hacerlo así; pero bueno, si he esperado tanto, por uno o dos días no hay inconveniente, total, la pequeña está aquí conmigo, montada en el carro, para aprender. Ay, mírala, se metió el dedo en la nariz, qué, ¡no!

Se sacó un grande y húmedo, vello; ¡Oh! Ahí también tiene vellitos, porque mira como tiene los brazos y espalda, peluditos. Ahora que me acuerdo viéndola así, le voy a decir, no se lo he dicho...

-Sabéis algo.

-¿Qué?

- Yo a vos te soñé, te conocí en un sueño.

- Ajá, y qué pasa.

- Coño, que esto lo soñé, lo vaticiné.

Ni se inmutó, a lo mejor no comprendió, quizá es muy profundo para su entendimiento, eso del sueño le parecería cursi. Para qué tanta explicación, yo no soy bobo, ni ella, venimos montados aquí para concretar de una vez por todas ese gran secreto. Ella lo sabe, yo también; ambos queremos lo mismo, queremos experimentar, lástima que tenga la regla, pues de lo contrario gozaría como nunca, al igual yo. Dios mío, son la diez, ella tendrá hambre, pero no es hora de pensar en eso; como decía, mi secreto, que problemas sí pudo traerme, era el no aceptar ser virgen a mi edad, aunque a decir verdad no tuve alguien a mi lado que me enseñara a ver las cosas como yo lo hago con esta niña. Tengo miedo, los sueños son para mí símbolo de presagio, es verdad, yo soñé con ella y pluf, somos casi esposos. Por un tiempo no quise manejar, sin embargo, quizá el sueño se cumpla hoy. No, no, no y no, todo es mental, Alberto, positivo, positivo, todo es mental. Lo confieso tengo miedo de los sueños, soy una especie de sibilino, lo que sueño se da... dejé de pensar en los fatídicos sueños, llegamos a casa extenuados.

- Ajá, y la bicicleta.

- Todavía está con los cauchos espichados.

La casa estaba hecha un desastre. Un plato mantequillero tirado en el suelo, cuatro interiores míos tirados en la cama, libros, vasos, hojas, periódicos; más libros, vasos, regados en una mesa de madera lisa. Me dirigí a la cocina a preparar unos panes con huevo, al llegar, una nota sobre la nevera: *"Espero te vaya bien y le des*

bien duro, así nos gusta a nosotras. Tu prima, la estríper". La guardé procurando que nadie la encontrara. Las manos aun temblorosas me indicaban el sitio de los panes y los huevos. ¡Perfecto! Un paquete de caraotas me servirá para algo...

- Es la primera vez que me gustan los panes con huevo y caraota.

- Y lo que te falta.

Ella me miró sonriente, con picardía guiñó su ojo, en eso una pestañita cayó dentro de éste.

- ¡Santa Lucía pasó por aquí...!

- Ay tonto.

- Mi mamá lo hacía cuando de pequeño me pasaba lo mismo.

Rascaba con fruición el ojito afectado, un ojito, éste achinado, marrón, de mirada aguileña; pasaba la uña, parecía arrancarlo, caminaba una lágrima, que al yo verla bien, iban ya tres o cuatro lágrimas, un caño de llanto, de prurito necio, y de uña sucia. Admirado de su belleza, un aire frenético en el estómago sentí, necesité ir al baño, a un lugar seguro; se acerca, lo presiento, un pedo, qué horror, inoportuna ventosidad del demonio, y de la caraota.

- ¿Dónde estabas?

- Buscando la sal.

- Pero agarraste para el baño.

- Bueno... es que la sal estaba ahí.

Busqué sitio donde colocarla para que durmiera esa noche pies arriba y boquiabierta, en un sitio fresco, oscuro, así podría llegar gateando a su diestra. En fin, extendí a lo largo de mi habitación una colcha fea y vieja, de flores silvestres, eso sí dibujadas. La sábana cubría, entonces, dos huecos, el uno arriba y el otro más abajo hacia la derecha, la tensé bien, por eso, agarré e hice un nudo machorrero, es decir,

dos vueltas abajo, un hoyuelo en medio, punta de mecate al centro del hoyuelo de las dos vueltas posteriores y bien aprietas al extremo, a tal punto, de convertirla en un empalme, cuya forma semeja a dos machorros colgando de una rama de un árbol seco. Terminé. Cosía yo una almohada, me pinchaba con la aguja, mas eso era sin importancia, a excepción del puntito de sangre que rodaba cual sedentario en medio de una cueva sin gravedad, como en la luna, o como en el cráter de ésta. La llamé una vez, la llamé dos veces, a la duodécima tuve que gritarla, sin saber yo que ella escudriñaba, hacendosa, sobre unos papeles escritos en mi mesa; la encontré así, leyendo, mirando loca con los ojos abiertos, diría que hasta pelados, unas cartas escritas con mis manos, o mejor dicho con mi boca, donde explicaba cosas extrañas y, por demás, tontas.

- Ajá, y qué es esto...

Y volvió con el ajá, bueno, será tu problema acaso...

- Cosas mías.

Movió la cabeza, de un lado a otro, apuntó con los labios las cartas. Mientras con ojos acusadores e inquisidores buscaba respuesta. Leyó en alta voz.

- ¿Qué?, no, ¿Soy yo?- aquí hizo una pausa, tosió- Que no soy yo ¡Qué!, No ¡soy yo!

Luego inquirió:

- Ajá, por qué tres veces lo mismo.

- No son lo mismo.

- No, son lo mismo, replicó ella.

- Que te digo, no son lo mismo, repetí.

- ¿Qué? Te digo ¿No?, ¡son lo mismo!, volvía ella a decírmelo.

No quise seguir peleando, el asunto me pareció hasta ridículo, traté de explicarle, pero, a medida que lo hacía, todo se tornaba más absurdo, primero porque decía una cosa y ella decía lo mismo aunque con un sentido distinto, para mí era una sensación asfixiante, pues lo que trataba de explicarle, de una manera más práctica, era como intentar describir algo que jamás se ha visto, a pesar de que en nuestras

narices, incluso, estuvieron por un buen tiempo, y, por tanto, siempre vimos y conocimos sin necesidad de mayores detalles. Bien, así éramos ella y yo, quizá eso me llevó a hacer lo que hice, de lo cual jamás me arrepentiré.

* * *

Ya eran la cinco y treinta, esta vez ella, medio desnuda, se paseaba de un lado a otro por todo el cuarto. Tan solo llevaba puesto un camisón transparente y por el cual yo veía o notaba a medias su ropa interior negra, bordada en faraladitos varios, unos de lazo, otros de capullos, y al centro, un poco más abajo del ombligo, un vistoso lacito cruzado o trenzado o enredado, ni esto ni aquello, siquiera parecíase a un botón, más bien era un lacito, como antes dije, amarrado quizás al azar. Me puse de humor como para inventar un cumplido, de esos que erizan los vellos de la espalda, pues a decir verdad ella sí tenía una selva en la espalda, por poco si aparece una serpiente, mas yo pensaba cómo poner al animal en esas lindes. Dios mío, qué inventor, grosero que soy, por tanto saqué la mano del bolsillo de mi pantalón y le miré las nalgas...

- Tremendo lunar tienes ahí.

Sonrió, me dio la espalda, sacó su dedo medio.

- Ay mirala, si es grosera.

- Grosero el burro.

Sonreí, me rasqué la espalda, le lancé un beso.

- Ay miralo, sí es ridículo, me respondió, porque me observó desde el espejo.

- Quedate con ridi y el resto lo quiero completito.

- Grosero que sois.

- Grosera la burra.

Era imposible, en dos días no ocurrió nada, nada de nada, ya la preocupación embargaba el sitio, Edmundo no debe andar lejos, si la cuida como a nadie en el mundo, ¿o es que en realidad cuida el himen de la pequeña?; ahora pensándolo bien, ese el drama de todo padre sobreprotector; yo aquí, con ella al frente, casi desnuda, mostrándome sus duras y bien formadas líneas, líneas que el viejo Edmundo cuida

como loco; tanto celo, berrinche, se deriva de esto: Cuidar la virginidad. Vista por algunos padres como un tesoro, pues es triste, hiriente saber que nuestra pequeñita, esa luz de nuestros ojos, fornicaba con un macho cabrío con ella, muchas veces en nuestras narices, la agarran, la envuelven en saliva, y plaf, el escándalo, o peor todavía, el embarazo, en una niña que apenas hace un año jugaba con sus muñecas y creía en el niño Jesús. Pero, bueno, yo no tengo la culpa, ni ella tampoco, podré tener veinticinco, quizá pensarán que sé mucho; ja, ja, ja, no, no es así, soy un niño también, si apenas mi mano ya callosa es mi fiel acompañante; aunque de algo sí estoy seguro, ella es un ángel, la más pura inocencia, candidez, sinceridad, ingenuidad, impericia, sencillez, diafanidad, transparencia, en fin, al igual que yo, una inexperta en el mundo del desenfreno y depravación. Somos una especie de pingüinos albinos, perdidos en la nieve y, por supuesto, es la oportunidad de mancharnos.

- Ey, ey, mijo, que tenéis, ay, ay, vos cómo que estáis pensando en la otra.

Me despertó, me volvió a traer al mundo real, sudaba a cántaros, ya eran como la seis.

-Simplemente pensaba cosas.

- ¿Qué son sierpes?

- Culebras.

- Ajá y traslúcido.

- Que se puede ver a través de la luz.

Yo comenzaba a inquietarme, ¿por qué tanta preguntadera?, pero vi como en sus manos tenía una de las cartas que comencé a escribir hace tiempo, producto de las lecturas de aquel libro de poemas que me regaló mi prima. Rápidamente se las quité. Ella perpleja me miraba.

- Por qué te ponéis así.

- Por nada.

- Ajá, es esto es una carta de amor para otra.

- Te digo que no.

- Ujú, y yo que te creí.

- Vos veis si me creéis.

Comencé a ignorarla, berreaba y berreaba, ya sus palabras, ininteligibles a mi oído, eran simples picaduras de mosquito. Leí el papel: *“La tarde parecía quieta, aunque en verdad, no se si por la fragancia de mi perfume o por el olor de mis zapatos, todo tenía como un toquecillo de esos mágicos y risibles, de esos toques más bien matizados con el blanco resplandor de las nubes a esa hora”*.

- Son confesiones, cosas que, como ustedes, escribimos para desahogar nuestras penas.

- Mi alma, y eso de sierpe y traslúcido.

- Bueno, me lo aprendí de un libro de poemas que me regalaron.

No sé si con eso logré convencer la pequeña, yo la veía esa tarde más decidida. En efecto, ahí no era la preciosura con botines de la vez cuando la vi, era, en esta ocasión, una mujer, una niña con cuerpo de mujer; si con aquella faldita corta y blusita blanca parecía de Señor mío y Dios mío, hoy es de exclusividad para la tentación; en ritmo con sus piernas, las puertas del infierno se me abrían, un “tan –tan” siniestro suena cerca de mis oídos, es momento de alta tensión, de dar fin a todo este problema.

- Hace calor, me quitaré este camisón.

No era yo, verla así me cegaba, el momento había llegado, la enredadera de mi pelvis florecía y reventaba las sogas de mi imaginación, ahora o ahora, después de tanto tiempo, ambos íbamos a realizar un sueño, íbamos, como quien dice, a tocar el cielo.

* * *

Tengo miedo de confesar algo. Esta noche se hace especial bajo el candil de las estrellas, no quiero que te vayas, quédate ahí, a tu lado ya no soy la piedra, si te vas entonces volveré a ser duro. Escribí esta vez puro, me siento abismado de tantas cosas que hice, malas y buenas, mas todas cosas; como repetir mil veces, no te vayas, en la arena, en el agua, en el aire, en el fuego, en todos lados, por eso te pido no te vayas...

Para hacerla más melodramática, le dibujé en el centro un pollito con el pico abierto, con una nubecita donde escribí *te piamo*, aunque después de haber entregado esa carta, me di cuenta de la fatalidad cometida, pues eso de “piamo” o “te piamo” a la par resultó ser una vil grosería, venial en forma; en fondo, mortal. Quise, por primera vez, ser romántico, pecar de cursi, quise ser como decía ella, tierno, y en horas de devaneo, sin pensarlo frotando los ojos, cuchi. Seguí intentando, al punto de rimar ciertas palabras...

Tú lo sabías, lo callaste e intentaste, tú me querías, por eso en tu silencio procuraste buscar la salida a este disparate. Pero, por qué, esperar al último momento, por qué, esperar tanto tonta, si bien sabías que yo te lo perdono, pues yo soy tu palomo y tú, mi paloma, por qué.

Eran momentos de angustia, todo parecía tan perfecto, y nada. “*Hace calor, me quitaré este camisón*”, me vino, chiquito, a la mente, me vino en bicicleta a los ojos, deliraba poco a poco de la emoción, la emoción de ver al ser deseado, momento propicio para un juego sin reglas.

- Mi amor, prepárate, demuestra que eres el hombre que siempre busqué.

Me desprendía de esa angustia, con cada prenda al suelo, cada latido, cada centímetro de mi piel, cada pensamiento, iba en aumento vertiginoso, me sentía todo de piedra, al infinito volaban mis partes, eran pájaros, yo lo sabía, y desde el cielo comencé a columbrar formas y líneas de fuego, ella se abalanzó sobre mí, agarró con fruición mi cuello, de allí su boca se deslizó a mi pecho, me mordía lentamente, en un mordisco suave, profundo; entonces, sus manos proyectaron en mi piel, ya incrustadas

por completo, sus uñas; cual barquilla lamía, succionaba mi pectoral derecho, ahí era una gata, una leona; su cabello alborotado, ya no era el chocolate o azabache de los días de nuestro encuentro, su melena, como un río de agua negra, anegaba mi rostro y en su cauce se llevaba mis besos.

¿El amor o el deseo?, recordé aquella noche, por cierto, de luna llena, mientras en la oscuridad de mi casa, proseguí mi carta, sin rima alguna esta vez...

Por Dios, por Dios, te juro, aunque pecado sea, yo la quiero, la amo bonito, a casarme con ella dispuesto estoy, la hice casi mía, para mí un tesoro de incalculable precio, yo no olvidaré la noche aquella, cuando en no decía sí y en sí, un no.

Ella partió, y horas antes con gritos y llanto me dijo: "No lo creo de ti", escuché su voz decidida y amaestrada, con gesto reprobador. Al tiempo que esto sucedía (su rostro envuelto en un torrente salobre, quizá su esclerótica seca de tanto llorar), se vistió, algo así como quien se ve desnudo en la calle. Y se apartó de mí, sentía asco, repulsión, como si tuviera un esputo en sus manos, de goma y verde; vomitó sobre mi cama, en sus contorsiones múltiples me maldecía, increpaba: "No lo creo de ti".

- *¿Te vas?, pero dime, ¿Te vas?, ¿Por qué llorás?*

No respondía, seguía llorando, yacía en el suelo, con su brazo derecho cubría su cara, arrodillada en el suelo, lloraba y lloraba. Era un animalito indefenso, inerme, gemía de rabia, de impotencia.

- Pero dime, ¿te vas?, ¿por qué llorás?

Quizás la vergüenza como Eva al verse desnuda, en el suelo la manzana mordida, quizá el miedo como Adán al ver a Dios venir, el pedazo de manzana en la garganta. Así ella, con mayor ahínco, prorrumpió en un largo sollozo, el corazón se me partía, se me derretía como un hielo.

- *¿Por qué llorás?, simplemente pregunté.*

Ella salió, me dejó solo, desnudo y con frío. Lo mejor, dije, era escribir una carta.

“Tengo miedo de confesar algo. Esta noche se hace especial bajo el candil de las estrellas, no quiero que te vayas...”

Y la puerta sonó, parecía haberla tirado. Una lágrima, tal vez de reptil, broto de mi ojo izquierdo, era la primera en casi toda mi vida.

“Quédate ahí, a tu lado ya no soy la piedra, si te vas entonces volveré a ser duro. Escribí esta vez puro...”

Una voz suave candorosa, después de una disputa casi tonta, como todo lo mío, corrió con la misma frecuencia de sus ondas: “Hace calor, me quitaré el camisón”. Le quité groseramente el papel de sus manos, una de las pobres cartas que siempre escribo. Perdí los estribos, la traté mal, dilatado mi humor negro a su máxima expresión quizá. De veras, no la quise tratar mal, aunque verla desnuda causó en mí una seria conmoción y toda una vorágine que me puso de buen talante, lo cual ella después me lo criticó, con toda la razón del mundo.

Sin embargo, ella concilió y sus caricias llenaron mi cuerpo, su boca se posaba en mí sin respetar sitio, y vinieron sus dientes y sus labios y su lengua, vinieron cuales guerreros inquisidores buscando la victoria.

La acosté, su inocente mirada, ahora en llamas como su vientre, me encendía minuto a minuto; de un zarpazo con mi mano, desprendí su brassier y como pude traté de escuchar los latidos de su corazón más acelerado aún. De mis manos, del tacto mismo de una hipnosis ecléctica: de instintos, placer, amor, deseo, piel, sangre, vellos, sudor, surgió imperativo el clamor de apagar o encender la llama de la pasión carnal, de una especie novedosa de vicio ilícito, en los que razón ni moral tenían derecho de ser y estar, porque en la cama, campo de guerra, todo se vale, más si hay amor.

Le susurraba al oído, “relájate”, de ese modo, fui transportándome a un mar de ensoñación; “relájate”, besando sus orejas, mi lengua impertinente jugaba allí dentro y con mis “relájates” ya navegaban mis dedos dentro de su vientre. Su rostro, sus

gestos, esperaban el momento; apretaba, rozaba, lijaba, pellizcaba, excavaba, abría, sus gestos se traducían en un pequeño sonido de éxtasis. Mi Índice señalaba la ruta; anegado, el Medio, por completo; sin trabajo Meñique, Anular y pulgar, pero mi mano, con sus siempre y respectivos habitantes, victoriosa subió a sus hombros, luego en su conjunto, con la otra, prosiguió a desvencijar a la ahora niña encendida, y no en llamas.

Un sentimiento morboso de culpa me invadió, era el ver al señor Edmundo venir del trabajo, orar en la iglesia por sus hijos, en especial por ella, era el verlo, con su bigote, sus zapatitos pulidos, su panza fuera hasta reventar, Biblia en mano, echarles la bendición a sus hijos con una sonrisa de padre amoroso y orgulloso. Y más depravado, pervertido, soy yo, al estar con su hija, secuestrándola, y de paso, sin saberme de memoria su nombre, vagamente, por fortuna, recuerdo su apellido, González, pero no su nombre. Lo que hacía, bueno; con una desconocida, sumamente malo.

“... me siento abismado de tantas cosas que hice, malas y buenas, mas todas cosas; como repetir mil veces, no te vayas, en la arena, en el agua, en el aire, en el fuego, en todos lados, por eso te pido no te vayas...”

Y se fue ofendida, esta vez me pasé, yo encima de ella, apretándola con la intención de asestarla; aunque no, de verdad me pasé, a ella lo que hacía le gustaba todo, sin berrinche, pero cuando abría mi boca el encanto desaparecía.

- Ya Alberto, ya.

- Relájate, relájate.

Y mis dedos se accionaban. Hubo un momento crucial, me disponía yo a finiquitar la acción, a dar culmen a todo este rito erótico.

- Nooo, nooooo, ay no.

- Relájate.

Casi, medía yo, estaba nervioso, no hallaba el punto, parecíame a una anciana invidente ensartando una aguja.

- Alberto, susurra románticamente mi nombre.

¿Nombre? ¡¡Ahora sí que estaba perdido!!

- Vamos, pronuncia mi nombre.

Como lo dije, no me sabía su nombre, tanto tiempo, tanto conversar, tanto riesgo, y ni por un momento me detuve a pronunciar su nombre. Era ella, blanca, bella, su cabello chocolate, a la que ahora estoy amando, a la que excavo en los confines de su femineidad, para humedecer con las gotas de su vientre mi dedo medio.

Es que ella lo intuía, temblaba yo de miedo, sus ojos encendidos lanzaban una mirada de odio, a la vez de melancolía, tuvo intenciones de abofetearme, en sus manos lo veía; pero se contuvo, se lanzó al suelo y lloró hasta más no poder. Con sus brazos solapó su rostro ¡Por Dios! Arrodillada gemía de dolor, así la atisbé: abajo, todo un animalito indefenso, erizada la pelambre tal vez; arriba yo, el corazón se me iba por la venas, cazador impío, con mi arma al frente apuntando, uno, dos, tres, y no quise escuchar la detonación, mas era inexorable, de su boca un balido a mi pecho ardiendo en sudor.

- ¡No lo creo de ti!

Seguía llorando.

- ¡No lo creo de ti!

Esta vez gritó.

- ¡¡¡No lo creo de ti!!!

Se lanzó sobre mí, me gritaba, arañaba, muchos de sus puñetazos iban sin fuerza y golpeaban la almohada. Como pude, intenté zafarme de su ingenua violencia.

- ¿Te vas?, pero dime, ¿Te vas?, ¿Por qué llorás?

Vomitaba en mi cama y me echaba maldiciones.

-¡No lo creo de ti!

Seguí paralizado sin saber qué decir ni hacer

- Pero dime, ¿Te vas?, ¿Te vas?, ¿Por qué llorás?

Se levantó y corrió al baño, desde entonces en mi vida supe más de ella, le escribí una carta que jamás terminé como jamás pude saber quién era, la hija Edmundo a lo mejor, González siquiera, aquella que una vez con botines negros, blusa blanca y falda corta, me impactó y en mis ojos imprimió su figura contorneada y sinuosa. No lo creo de mí, no lo creo de ella, no le creo de nadie, lo repito: tengo miedo de confesar algo, pero ya es inútil, ya todos lo saben, ¡sigo siendo virgen!

... Nuevamente salí corriendo, como siempre lo hago... A buscar el baño como ella y encontrarme con mi fiel Manuela.

Epílogo...

Como era de suponerse, Alberto jamás volvió a ver a la hija de Edmundo, el evangélico, y enloqueció al intentar averiguar el nombre de ella.

Bien lo hubo dicho el supuesto escritor de esta aparente novela pícara, o mejor dicho, picada (pues lo deja a uno picado), la mujer fidelísima, la encontrará combinando la primera palabra con la última de este escrito, he allí su nombre... No obstante, conformes quedamos con robarles una sonrisa o con la virginidad aparente de las páginas de este libro en caso de no ser leído, que al ser leídas, están propensas a la promiscuidad lectora por lo cual agradecemos su colaboración en la prostitución de esta obra.

Al fin diosito...